GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA
DE J. ROMÁ, Sdad EN Cta

# ILUSIÓN Y REALIDAD

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN CUADRO

ESCRITO EN VERSO POR

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenado, sucesivamente, con extraordinario aplauso, en los siguientes teatros: PRINCIPAL, de Valencia, CIRCO BARCELONÉS y GRANVÍA, de Barcelona, PRINCIPAL, de Tarragona, y Sociedad NIU GUERRER, de Barcelona.





BARCELONA

J. ROMÁ, Sdad EN Cta - EDITORES
89 y 91 — Calle del Bruch — 89 y 91
1899



# ILUSIÓN Y REALIDAD

Tipografía de B. Baseda, Villarroel, 17. – Barcelona

# ILUSIÓN Y REALIDAD

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN CUADRO

ESCRITO EN VERSO POR

## JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenado, sucesivamente, con extraordinario aplauso, en los siguientes teatros: PRINCIPAL, de Valencia, CIRCO BARCELONÉS y GRANVÍA, de Barcelona, PRINCIPAL, de Tarragona, y Sociedad NIU GUERRER, de Barcelona.



BARCELONA

J. ROMÁ, SDAD EN CTA - EDITORES

89 y 91 — Calle del Bruch — 89 y 91

1899

## Estreno en Valencia

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| D.ª INÉS | Sra. ARGÜELLES (CARMEN). |
| ELVIRA (Actriz) | » GARRIGÓ (ELISA). |
| ALBERTA | » CANCIO (ADELA). |
| LUIS (Autor) | Sr. BUENO. |
| ENRÍQUEZ (Actor) | » PALANCA. |
| DOCTOR | » TORRECILLA. |
| ARTURO | » ROBLES. |
| OCAÑA (Traspunte) | » N. N. |
| EL BARBA | » N. N. |
| EL GALÁN JOVEN | » N. N. |

Piratas, guerreros castellanos.

Época actual.



## Estreno en Barcelona

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| D.ª INÉS | Sra TARÉS. |
| ELVIRA (Actriz) | » MOLGOSA. |
| ALBERTA | » VITALES. |
| LUIS (Autor) | Sr. FAGES. |
| ENRÍQUEZ (Actor | » BERENGUER. |
| DOCTOR | » FERRER |
| ARTURO | » MUÑOZ. |
| OCAÑA (Traspunte) | » MOLGOSA. |
| EL BARBA | » OLIVAR. |
| EL GALÁN JOVEN | » CARRERAS. |

Piratas, guerreros castellanos.

Época actual.

## Estreno en Tarragona

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| D.ª INÉS. . . . . . . . . . . | Srta. | SALA. |
| ELVIRA (Actriz). . . . . . . | » | PERÍU. |
| ALBERTA. . . . . . . . . . . | » | N. |
| LUIS (Autor). . . . . . . . . | Sr. | GUITARD. |
| ENRÍQUEZ (Actor). . . . . . | » | MARCET. |
| DOCTOR . . . . . . . . . . . | » | CARNICERO. |
| ARTURO. . . . . . . . . . . | » | MUÑOZ. |
| OCAÑA (Traspunte). . . . . | » | GUILEMANY. |
| EL BARBA. . . . . . . . . . | » | INDURAIN. |
| EL GALÁN JOVEN. . . . . . | » | CARRERAS. |

Piratas, guerreros castellanos.

Época actual.

---

## Estreno en el «Niu Guerrer»

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| D.ª INÉS. . . . . . . . . . . | Sra. | CEBALLOS. |
| ELVIRA (Actriz). . . . . . . | Srta. | GOULA. |
| ALBERTA. . . . . . . . . . . | » | N. |
| LUIS (Autor). . . . . . . . . | Sr. | SOLER. |
| ENRÍQUEZ (Actor). . . . . . | » | VALLHONRAT. |
| DOCTOR. . . . . . . . . . . | » | PLANAS. |
| ARTURO. . . . . . . . . . . | » | PRUNA. |
| OCAÑA (Traspunte). . . . . | » | PONSÁ. |
| EL BARBA . . . . . . . . . . | » | CAMPÁ. |
| EL GALÁN JOVEN. . . . . . | » | UDAT. |

Piratas, guerreros castellanos.

Época actual.

AL INTELIGENTE ACTOR

# D. JOSÉ FAGES

Prometí dedicarle este drama y cumplo gustoso mi promesa. Sírvale, siquiera, este pequeño homenaje, de prenda de mi afecto.

El Autor.



# ACTO PRIMERO

Sala amueblada con ese gusto antiguo y derrotado de los señores que vienen á menos —Salidas foro y derecha.

## ESCENA PRIMERA

LUIS, leyendo con mucho entusiasmo en un manuscrito de las dimensiones de un libreto.

LUIS. «¡Desventurada hija mía!
Lucho; pero lucho en vano:
no existe poder humano,
ni ley ni sabiduría,
que quebrante por tu mal,
ni por piedad á mi pena,
la formidable cadena
de este conflicto mortal.»
(Pasando del tono declamatorio al natural.)
Así, el padre desdichado,
manifiesta su dolor
cuando se ve entre su honor
y su hija colocado.
Romper el nudo desea
de su destino implacable
y en batalla perdurable

con él lucha y forcejea.

(Pausa.) (Vuelve al tono dramático.)

«¡Perdón!... Perdón, hija mía;
culpa al humano destino
que por oscuro camino
tan sin ventura nos guía.
Cuando en tu pálida frente
estampe el beso de amor,
cuán lejos de este dolor
profundo que el alma siente
te hará el beso sonrëir,
sin pensar, en tu inocencia,
que así sello la sentencia
que te condena á morir.»

(Reanuda el tono natural.)

¡Vieja edad! ¡Honor de trusa!,
dirá el crítico sañudo.
Drama de autor melenudo
y de romántica musa.
¡Paso, paso al Modernismo!...
Esto la calma me quita.
¡Bah!... De trusa ó de levita
siempre habrá romanticismo.
El hombre, aunque en él se encarne
el vicio y se llame lodo,
es alma también; no todo
ha de ser materia y carne.
Bien que se pinten la llaga
y la úlcera; muy bien;
mas que se pinten también
el idealismo que halaga
al espíritu; el amor
en su romántico oficio;
y el sublime sacrificio,
viejo ó nuevo, del honor.
¡Oh felicidad!... ¡Oh gloria
á que sin cesar aspiro!
No me digas que deliro,

que sueño; que ésta es la historia
de las mil aberraciones,
á que se entrega sin calma
la Humanidad... que en mi alma
morirán las ilusiones...

## ESCENA II

Doña INÉS en el foro contemplando tristemente á su hijo, apareciendo antes de que éste acabe su monólogo.

INÉS. (En tono de dulce reconvención.)
¡Luis, hijo mío!...
LUIS. (¡Mi madre!)
¿Me has oído?
INÉS. Ciertamente.
LUIS. ¡Ah! Perdóname.
INÉS. Indulgente
contigo, aunque no te cuadre,
no puedo ser.
LUIS. Te prometo
no reincidir.
INÉS. ¡Tantas veces
lo has prometido!...
LUIS. Pareces
mi juez... Conozco el secreto
que pone tu faz severa.
Me encuentras algo abatido
porque anoche no he dormido.
¡Oh! No temas que me muera.
La muerte no encuentra modo
de asaltar la fortaleza
de la vida, si tropieza
con grandes nervios... ¡Yo todo
soy nervios!
(Extendiendo vigorosamente los brazos, para probar lo que dice.)
INÉS. Discutiremos
con el Doctor la verdad

de tu aserto. En realidad
tú me haces sufrir...

LUIS. Lleguemos
á una justa transacción.
Yo me enmiendo, y tú...

INÉS. ¡Bobada!
Estoy ya desengañada.
Tú metido en la ilusión
de tu drama... ¿Cómo es?

LUIS. (Con mucha ponderación y entusiasmo.)
*¡El gran conflicto!*

INÉS. Ya ves
que dominar la pasión
no puedes... Nadie declama
como tú, ni nos dijera
de tan vehemente manera
el título de su drama.

LUIS. ¡Madre... perdón! Tú me vences
en las luchas del cariño.
A tu lado soy un niño
y al momento me convences.
Tu acento me desconcierta
sin poderlo remediar.
¿Para qué he de disfrazar
verdad por ti descubierta?
Tienes razón... Soy un loco,
un soñador... Noche y día,
con mi ardiente fantasía,
al dorado alcázar toco
donde la gloria dormida
espera á que el genio llame...

INÉS. ¡Siempre la gloria! ¡Esa infame
atenta contra tu vida!...

LUIS. ¡Bah! Su poder exageras.

INÉS. Tu mirada se ha encerrado
en un cerco amoratado.
¿Qué prueban esas ojeras?

LUIS. ¡Qué empeño!

INÉS. Cavilación;
rudo insomnio... sufrimiento;
accesos del sentimiento,
desorden de la ilusión.
¡Ah! Para ti esa señora
gloria, es el bien más fecundo.
No importa que en lo profundo
de mi corazón, traidora,
vaya abriendo una ancha herida.

LUIS. ¿Lloras, madre?

INÉS. Y es verdad
que lloro... ¡Qué necedad!
¡Una lágrima perdida!

LUIS. Se pierde, madre, una ola
al expirar en la arena...
Mas tú eternizas mi pena
con una lágrima sola.

INÉS. ¡Poeta, poeta en todo!...
¡No lo puedes remediar!
Y yo he llegado á imitar
tu lenguaje de tal modo,
que de desliz en desliz,
siguiendo tu tema, en vez
de hablarte con sencillez,
declamo como una actriz.

LUIS. ¿Me perdonas?

INÉS. ¿Por qué no?
A ver si al fin me enamora,
como á ti, esa... gran señora
que en sus redes te cogió.

LUIS. ¡Ah madre! Si no viviera
de todo el mundo ignorado,
y en este pueblo encerrado
la suerte no me tuviera...
Si en vez de lugar oscuro,
Madrid fuese mi morada,
pronto vieras realizada
mi dicha, te lo aseguro.

Hoy está allí el gran actor,
el gran Enríquez, ventura
del arte.

INÉS. (Sorprendida.) (¡Enríquez!)

LUIS. ¡Figura
llena de gloria y honor!
¡Si le vieras declamar...!
¡Con qué pasión y ternura
se expresa!... ¡Con qué dulzura
sabe la voz modular!...
Le ves imponente y trágico
en los sublimes horrores
del drama; y en los amores,
dulce, persuasivo, mágico.
Siempre en su hermosa labor
tienen, acción y lenguaje,
un perfectísimo encaje;
no como hace el mal actor,
cuyas manos, sin donaire,
accionando á sacudidas,
parecen aspas movidas
por el capricho del aire.

INÉS. ¡Dime, Luis!... ¿Se llama Juan
ese Enríquez?

LUIS. Sí por cierto.

INÉS. (Hace ya tiempo que ha muerto
su madre. Acudiendo van
los recuerdos á mi mente.
Vivíamos en Toledo
cuando falleció...)

LUIS. ¿No puedo
saber...?

INÉS. (Efectivamente.)

LUIS. Madre, ¿te has ensimismado?

INÉS. ¡Don Juan Enríquez! De fijo
que es él.

LUIS. ¿Enríquez?

INÉS. Su hijo.

LUIS. ¿Qué dices?

INÉS. Que hemos hallado
en ese hombre un protector.

LUIS. ¿Cómo?

INÉS. Calma tu ansiedad:
tuve de antiguo amistad
con la madre de ese actor.
Doña Rosario; ya ha muerto.

LUIS. ¿Estoy soñando?

INÉS. No tal.

LUIS. ¿Y fué tu amiga?

INÉS. Cabal.
Intima amiga. Por cierto
que era espejo de virtud,
y que se unía conmigo,
sin vanagloria lo digo,
por deudas de gratitud.

LUIS. ¿Eso más?

INÉS. Le hice un favor
que afectó mucho á su vida,
y como era agradecida...

LUIS. ¡La madre del gran actor!
¿Qué tiempo hará?

INÉS. Treinta y cuatro
años. Don Juan era un niño,
bien lejos de ese cariño
que hoy siente por el teatro.

LUIS. ¡Oh! El corazón presentía
la dicha que ya encontré...
Veré á dón Juan. . le hablaré,
y apelando á su hidalguía ..

INÉS. ¡Ya se alborota tu juicio!

LUIS. ¿Cómo tenerle sereno?
¿Te doy un abrazo?

INÉS. Bueno.

LUIS. ¿Iré á Madrid?

INÉS. Sacrificio
me costará tu vïaje;
pero irás.

LUIS. ¡Oh madre mía,
ya no cabe mi alegría
dentro de humano lenguaje!
Ventura que así se labra
por una madre tan buena,
rompe siempre la cadena
que la une á la palabra.
Es tan grande, que abarcar
quiere á la vez tierra y cielo;
pero no puede su anhelo
infinito realizar.

INÉS. Bien has urdido esa flor.
¿Lloras tú?

LUIS. ¡De regocijo!
Nunca olvidará tu hijo
tan dulce rasgo de amor;
ni habrá en el mundo persona
más adorada por mí.
¡Te lo juro! Para ti
será mi primer corona.

INÉS. Ya hablaremos de ese asunto.
El entusiasmo te agita
demasiado.

LUIS. ¡Bah!

INÉS. Y me quita
el sosiego... Hagamos punto
final. Advierto que hablando
de tus comedias aquí,
aumentó tu frenesí
y el tiempo se fué pasando.
Las diez: hora de correo.
¿No estaba en deuda contigo
tu buen Arturo?

LUIS. Mi amigo
burla mi mejor deseo;
pero hablemos de...

INÉS. ¡Chitón!
Calma, Luis, no precipites

los sucesos, y no agites
tanto la imaginación.

LUIS. ¡Diablo de Arturo! Ya nunca
alcanzará mi piedad;
por él, la felicidad
que aquí gozaba, se trunca.

INÉS. Escríbele; el tiempo pasa.

LUIS. ¿Quedamos en que...?

INÉS. A tu amigo,
debes decirle, en castigo,
que la amistad nunca tasa
su favor.

LUIS. Es un gandul,
un perezoso, un tunante.
Te obedezco: en un instante
le pongo de oro y azul. (Vase por la derecha.)

## ESCENA III

Doña INÉS.

INÉS. Por fin me ha unido á sus bellas
esperanzas .. á su anhelo.
¡Loco que sueña en un cielo
más allá de las estrellas!
¿Cómo podrá sin escalas
á ese horizonte llegar,
ni cómo podrá volar
pobre pájaro sin alas?
¡Rosario, mi dulce amiga,
que desde el cielo me ves,
perdona á tu amiga Inés!
Amor de madre me obliga
á reclamar el favor
del hijo en quien adoraste,
por deudas que ya pagaste
con la moneda mejor.
No fuí yo quien tu amistad

desenterró del olvido,
pues más piedad ha tenido
que yo, la casualidad.
Ha sido mi Luis, que aspira
á la gloria, y de su amor
esperanzado, en redor
como un insensato gira.
Ya no hay remedio: es preciso
llevarle á Madrid; lo sé.
Luis pone toda su fe
en Madrid; su paraíso.
Pero ¿cómo? Viuda y pobre,
¿quién dinero me ha de dar?
No se puede realizar
con un puñado de cobre
tan magnífica locura.
Venderé mis joyas, todo
cuanto tengo: ése es el modo
de rendir á esa hermosura
que el juicio le ha trastornado.
¿Luis necesita dinero?...
¡Lo tendrá!... Verle prefiero
en su Madrid adorado,
que no en sendas extraviadas
siguiendo por mal camino
á ese fantasma divino
en quien puso las miradas.

## ESCENA IV

DICHA; el DOCTOR don Pedro por el foro, con aire sombrío que no puede ocultar.

DOCTOR. Muy buenos días.
INÉS. Felices,
Doctor.
DOCTOR. ¿Y el poeta?
INÉS. Bien;
escribiendo está una carta.

DOCTOR. Es preciso, doña Inés,
no aflojar el freno.

INÉS. ¡Ya!
Pero ¿quién puede poner
una valla al desbordado
torrente?

DOCTOR. Difícil es,
pero no imposible.

INÉS. Y ¿cómo?

DOCTOR. Diques tiene el Nilo.

INÉS. Usted,
sin duda, el riesgo exagera...

DOCTOR. ¿Quién sabe?

INÉS. Fatal no es
la ciencia humana.

DOCTOR. Es verdad;
mas con todo ponga fe
en mi ciencia... Luis no va
por buen camino.

INÉS. ¿Otra vez?

DOCTOR. ¡Y mil veces! Lo repito:
es necesario poner
freno á su imaginación...
O de lo contrario...

INÉS. ¿Qué?
Séame franco, doctor:
¿qué podría acontecer?

DOCTOR. Un desequilibrio... Nada.
Le suplico, doña Inés,
que no se alarme... Los nervios,
en tan continuo vaivén,
se agitan... se desconciertan,
y es muy difícil después
corregirlos.

(Pausa)

INÉS. ¿Y si Luis
viera su dicha y su bien
realizados?...

DOCTOR. ¡Qué locura!
INÉS. He decidido, y no sé
si hago bien ó si hago mal ..
DOCTOR. Pero muy mal. (Interrumpiéndola )
INÉS. ¿Sabe usted...?
DOCTOR. Lo sospecho... Ha decidido,
en breve, á su Luis poner
camino de ese Madrid
que es su esperanza; su Edén.
INÉS. Me sorprende... ¿Se ha nublado
su semblante...? ¿He de temer
algún peligro?
DOCTOR. Responda.
¿Quién se llevó, doña Inés,
el drama de Luis?
INÉS Su amigo
Arturo Espinosa.
DOCTOR. ¿Y qué?
¿Arturo no escribe?
INÉS. No.
Y Luis dice, y dice bien,
que su presencia en Madrid
es necesaria, porque
no se puede á la amistad
fiar tan grande interés ..
¡Ah Doctor!... Luis me asegura
su triunfo con tanta fe...
DOCTOR. (Aparte, con acento de profunda lástima.)
(¡Pobre madre!)
INÉS. ¿Tan difícil,
en esas batallas, es
conseguir una victoria?
¡Por Dios! ¿Qué ocurre? Hable usted.
DOCTOR. (¿Cómo la verdad le digo,
si es tan duro lo que sé
y es tan sensible una madre?)
Ocurre que, á mi entender,
aquí falta una cabeza

que tenga más solidez
que las suyas... Desde hoy,
hijo y madre á obedecer,
y yo á mandar... Ejercicio...
vida de campo... Correr
tras las perdices, y no
á caza de ese tropel
de fantasmas... Respirar
mucho oxígeno... tener
los músculos en tensión,
no el espíritu: esto es
lo que necesita el hijo
y lo que pide también
la madre. Con más franqueza
no puedo hablar, doña Inés.
A dos leguas de distancia
tengo una quinta... El Edén
que necesitan, es ése.
Un ambiente de placer;
mucha luz y mucho campo;
porque la salud, también
entra por los ojos. Oiga
mi amistoso parecer,
y sin dudas ni demoras
llévele allá por su bien.

INÉS. ¡Ah Doctor!...

DOCTOR. ¿Por qué ese ¡ah!
tan dolorido?

INÉS. Es usted
el hombre más generoso
que conozco... Soy mujer...
y soy débil.

DOCTOR. ¿Otro obstáculo?

INÉS. Le acabo de prometer
la gloria.

DOCTOR. ¡Qué disparate!
¡Es posible, doña Inés!

INÉS. ¡La gloria! Como si yo

la tuviese en mi poder.

DOCTOR. ¿Y siendo usted tan juiciosa
promete.. ?

INÉS. Resulta que
un actor, don Juan Enríquez,
que en Madrid trabaja, es
hijo de mi grande amiga
doña Rosario Espinel.

DOCTOR. ¿De su amiga?

INÉS. Sí; de aquella
santa y sublime mujer.

DOCTOR. (¡Qué suerte y qué desventura!)
Sin rodeos, doña Inés.
¿Quiere ó no, salvar á Luis?
El caso es grave. Tendré,
para ahorrar explicaciones,
que ser más duro. Si usted
adora en su hijo; si quiere
que un repentino vaivén
no arranque de su cerebro
la inteligencia y tal vez
la vida. .

INÉS. ¡Basta, don Pedro!
Me anonada ese crüel
vaticinio... Hay en sus frases
un sentido, un no sé qué
que me estremece... Usted manda.
Nosotros á obedecer.
No se hable más del asunto.
Ya jamás olvidaré
su generosa conducta,
don Pedro; idolatro en él.
Luis es mi amor y es mi vida,
y le adoro tanto, que
si me faltara... ¡Dios mío!
Si yo llegara á perder
á mi Luis... ¡Si no es posible!
¡A mi Luis! ¡Mi dulce bien!

Tiene usted razón, don Pedro:
es preciso contener
esa ciega idolatría,
ese fatal interés,
porque si mi hijo se muere,
bajo á la tumba con él.
¿Qué digo? Resucitara
luego, otra vez y otra vez
y mil, para estar sufriendo
eternamente; porque
con ser la muerte tan grande,
tan inmensa, tan crüel,
contra el dolor de una madre
que sin el hijo se ve,
alma y amor de su vida,
contra esa infinita hiel,
contra esa inmensa amargura,
impotente debe ser.
Aquí llega el insensato.
¡Duro, don Pedro, con él!

## ESCENA V

DICHOS y LUIS por la derecha.

LUIS. ¡Doctor! Mi eterno adversario.
Madre, ya mandé el escrito.

DOCTOR. La mano, caballerito.
(Se la toma, examinándole el pulso.)
¿Prosigue usted temerario
en sus trece? Ya lo veo.
Gran languidez en los ojos.
Falta de glóbulos rojos
en la sangre... devaneo
en la cabeza...

LUIS. A fe mía
que no comprendo al Doctor.

DOCTOR. Y no es eso lo peor,

sino la gran rebeldía
que pone á mi tratamiento...

LUIS. ¿Qué he de hacer, triste de mí?
Como bien. Nunca me vi
con tan poderoso aliento.
Naturaleza de roca,
nervios de acero. Salud,
esperanza .. juventud...
Usted, Doctor, se equivoca.

DOCTOR. ¡Rebelde! ¡Rebelde!

INÉS. Hijo,
con eso al Doctor agravias.
Sé muy prudente... A sus sabias
reflexiones te dirijo.
Ten más calma, más sosiego.

LUIS. Tranquilo estoy, madre mía.

DOCTOR. Basta un vaso de agua fría
para apagar ese fuego.
Es usted un soñador;
mas tenga mucho cuidado,
no vaya á entrar en el prado
de su esperanza, el dolor,
esa serpiente menguada
que mata las ilusiones...
Tome algunas precauciones;
tenga la verja cerrada.

LUIS. Toda precaución es poca.
¿No sabe que está adherida,
Doctor, la pena á la vida
como la lapa á la roca?
Dolor si en vivo ardimiento
el espíritu se enciende...
Dolor cuando se desprende
la chispa del pensamiento...
Dolor para dar á luz
los frutos de nuestro amor...
que no hay goce sin dolor
como no hay Cristo sin cruz.

DOCTOR. Fatalidad que se extiende
hasta el más pequeño goce;
pero el hombre que conoce
sus deberes, se defiende
contra esa fatalidad.

LUIS. Y ¿cómo? Este es el problema.

DOCTOR. No excitando su sistema
nervioso.

LUIS. ¡Qué ceguedad
la suya, amigo Doctor!
A preguntarle me obliga:
¿Por qué trabaja la hormiga?
¿Por qué canta el ruiseñor,
y por un impulso hermano
se agitan á su manera,
desde la flor hechicera
hasta el más pobre gusano?
Sin lucha no puede haber
nada útil, nada hermoso;
ni se encuentra en el reposo
que usted pide ningún ser.
Para conquistar la gloria,
luz, hermosura y portento...

DOCTOR. (Interrumpiéndole.)
Yo acabaré el pensamiento.
(Tomando la entonación de Luis.)
Hay que buscar la victoria
quemando con el tizón
de la inspiración sagrada,
una frïolera, nada;
nervios, sangre y corazón.

LUIS. Fruto es el numen gentil
de divina calentura.

DOCTOR. (Volviendo á su tono.)
No; que es de humana locura,
fiebre traidora y sutil.
Guarde esos golpes soberbios
para otra vez... Pobre tonto,

apague esa hoguera pronto
donde se abrasan los nervios,
y abandone un ideal
por cuyo encanto funesto
á quemarse está dispuesto
hasta la espina dorsal.
¡La gloria!... Insecto con alas
de polvo sobredorado
que á los bobos ha engañado
con sus efímeras galas;
y á quien mucho le complace,
le da á cambio de un tesoro,
un grano de polvo de oro
que en los dedos se deshace.
Pero á usted se le figura
que es una Venus preciosa,
con alas de mariposa;
la fuente de la ventura,
la piedra filosofal,
el cuerno de la abundancia...
¡qué sé yo cuánta importancia
le atribuye!

LUIS. No; no tal...
Mas si por miedo á la muerte
ó por miedo al sufrimiento
las fuentes del sentimiento
se cegasen, ¿de qué suerte
la Humanidad viviría?
¿Qué encanto habría en la historia
de una existencia sin gloria
y un mundo sin poesía?
Porque el alma á veces troncha
al cuerpo, ¿hemos de tenerla
guardada como la perla
aprisionada en su concha?
No, Doctor... Preste contento
al campo, en la primavera,
la linda rosa, aunque muera

deshojada por el viento.
Cárguese el árbol de mieles
y de frutos y de flores,
aunque sufra los rigores
de las escarchas crüeles.
Pulse el poeta su lira,
aunque á pedazos sin calma
deje en sus trovas el alma
que por la gloria delira.
Publíquese el pensamiento,
aunque necesario sea
arrancar la noble idea
de los garfios del tormento.
Haga la pena su oficio...
Por el golpe, por la herida,
hasta el mármol toma vida:
no hay virtud sin sacrificio.

DOCTOR. ¡Rematado!... Pertenece
á la actual generación
de enfermos... Una ilusión
apoplética padece.
Seres que, mirando al cielo,
en su éxtasis divino,
por no caminar con tino
dan de bruces contra el suelo.
Usted, Luis, y no se engría
porque le ponga este mote,
es el eterno Quijote
hijo de la fantasía,
á quien dan de bofetadas
los realismos del mundo
que en lo práctico y fecundo
pone sólo las miradas.
Motivos usted no tiene
para declamar así,
porque contra usted aquí
protestando está la higiene.
Sí, señor, la higiene: el modo

de aplicarla ha de saber;
no ha de pensar ni comer
sin higiene... Higiene en todo.
Y, en fin, sepa, aunque le asombre
con tan vulgar teoría,
que sólo habrá poesía
si conservamos al hombre.

LUIS. Pero...

INÉS. Luis, eres un niño;
el Doctor, en su experiencia,
más que en nombre de la ciencia
te habla en nombre del cariño.
Yo no sé por qué porfías
con entusiasmo tan loco,
ni me entrometo tampoco
en esas filosofías.
Sólo sé que el agua es buena,
pero en el río encauzada;
no cuando va desbordada
sembrando el luto y la pena.
Que el viento en blando reposo
produce salud y halago,
y es causa de horror y estrago
cuando se agita furioso.
Que, por el aire esparcido,
el fuego es la luz que encanta,
y que devora y espanta
en incendio convertido;
que muchas cosas que son
malas, con mala medida,
son buenas para la vida
en su justa proporción.
Con lo cual pruebo, á mi estilo,
pues yo no sé discutir,
que tú no puedes vivir
en ese estado intranquilo.

DOCTOR Perfectamente, señora.

LUIS. Quedé en derrota completa.

DOCTOR. Debe rendirse el poeta
á discreción.

INÉS. Sin demora.

LUIS. Pues me rindo á discreción.
Tuyo, madre, el triunfo ha sido;
pero confía el vencido
en tu clemencia y perdón.

INÉS. Concedido.

DOCTOR. No por cierto.
Se ha de estipular la paz:
es un rebelde tenaz;
un soñador encubierto.

LUIS. Fije usted las condiciones...

DOCTOR. Entre orégano y tomillo
levanta un viejo castillo
sus antiguos torreones;
semejante á un rey de piedra
por el tiempo destronado,
de olmos gigantes cercado
con su corona de yedra.
Es mi antigua propiedad;
mucha caza, mucho monte;
un dilatado horizonte,
oxígeno y libertad ..
Pues bien: en esa prisión,
haciéndole gran merced,
le señalamos á usted
dos meses de reclusión.

LUIS. (Verdaderamente consternado.)
¡Dos meses! ¿Has escuchado
á don Pedro, madre mía?

DOCTOR. La madre hará compañía
al ilustre desterrado.
Nuestra indulgencia no escasa,
por lo que veo, le admira.
¡Ah! Se dejará la lira
en un rincón de su casa.
Allí sólo hará el poeta,

olvidando sus deslices,
redondillas de perdices
con una buena escopeta.

LUIS. Madre... y tu fallo ¿cuál es?

INÉS. Opino como el Doctor.

LUIS. (Desconsolado.)
¿Tú también, madre?

INÉS. (Aparte.) (¡Oh dolor!)

DOCTOR. (Aparte á doña Inés.)
(Es preciso, doña Inés)

LUIS. ¿Y mi Madrid? ¿Y mi drama?

DOCTOR. ¿Su drama? Créame, Luis:
no vale un grano de anís
esa tentadora fama.
Usted me hace recordar
lo que á un poeta novel
sucedió. ¡Trance crüel!

INÉS. Debes ejemplo tomar,
hijo mío.

LUIS. ¿Qué pasó?

DOCTOR. Una desdichada historia.
Cifraba el joven su gloria
en un drama que escribió,
lo mismo que usté. Un delirio;
pero en vez de darle bienes
la gloria, puso en sus sienes
la corona del martirio.

INÉS. ¿Murió tal vez?

LUIS. ¿Qué razón
produjo tanta amargura?

DOCTOR. Un robo.

LUIS. ¿Un robo?

DOCTOR. Una oscura
y miserable traición.
Fió el poeta á un amigo
su esperanza, como usted,
y éste pagó la merced
como el más vil enemigo.

Se apropió la producción...
Cambió el título del drama...
¡Dígame si esto se llama
ó no se llama traición!
Por fin, el drama se estrena,
dejando inmortal memoria,
y sale á coger la gloria
el falso amigo á la escena.

LUIS. Tengo el semblante encendido
por una afrenta mortal,
como si yo, por mi mal,
el ladrón hubiera sido.
¡Pobre autor! Estoy seguro
que no se viera engañado
si se hubiera confïado
á un amigo como Arturo.

DOCTOR. (¡Grande es su fe, por mi vida!)

INÉS. ¿Y el autor?

DOCTOR. Murió de pena;
por robos así, la escena
se ve á diario escarnecida.

(Transición.)

No hablemos más de este asunto.
Usted, Luis, á obedecer
mi orden, y usted á poner
sus negocios en buen punto
para evitar la demora.
Doña Inés, se hace preciso
que partan sin nuevo aviso
en cuanto nazca la aurora,
y adiós, porque el tiempo pasa,
y para estas ocasiones
no hay visitas ni razones
que no estorben en la casa.

(Estrecha la mano de Luis, que quedó pensativo. Doña Inés le acompaña hasta el foro y le dice con acento interrogativo:)

INÉS. ¡Doctor...!

DOCTOR. (Eludiendo dar ninguna explicación.)
No olvide mi encargo.

LUIS. (Al doctor, cuando se despide.)
¡Dos meses de reclusión!

(Vase por el foro el Doctor.)

## ESCENA VI

Doña INÉS, LUIS.

INÉS. (Que quedó llena de incertidumbre, dice aparte:)
(¡Esa triste historia! ¡El son
de sus palabras amargo!

LUIS. Di: ¿por qué me prometiste...?

INÉS. (Con sequedad.)
Calla y acepta el consejo.

LUIS. (Lastimado.)
¿Te irrité? Sola te dejo.
(Se dispone á salir por la derecha. Ya en el dintel de la puerta, se detiene y dice:)
¿No me llamas? ¡Ya cuán triste,
mi esperanza fracasó!

(Entra en su cuarto.)

## ESCENA VII

Doña INÉS, y luego ALBERTA por el foro.

INÉS. Es preciso que sacuda
el temor... La horrible duda
que en mi pecho germinó.
¡Alberta! ¡Alberta! (Sale Alberta.)
Volando,
corre y al Doctor alcanza...
que se vuelva sin tardanza.
Dile que estoy esperando.

(Vase la sirvienta por el foro.)

## ESCENA VIII

Doña INÉS.

INÉS. Ansia viva, si has de ser
nube que disipa el viento,
desvanécete al momento.
Si tranquilo te has de ver
corazón, no precipites
tus latidos de este modo...
Cielo que lo puedes todo,
la existencia no me quites,
porque á seguir esta ruda
incertidumbre, yo muero...
¡Ay! Si es verdad lo que infiero,
no desvanezcas mi duda.

## ESCENA IX

DICHA y el DOCTOR, que sale por el foro.

INÉS. ¡Ah Doctor!
DOCTOR. ¡Ah doña Inés!
INÉS. ¡La verdad he comprendido!
DOCTOR. ¡Negra la suerte le ha sido!
INÉS. ¡Esa historia...!
DOCTOR. Cierta es.
Valor, señora.
INÉS. ¿Valor?
Lo tendré; se lo aseguro.
¿El ladrón ha sido...?
DOCTOR. Arturo
Espinosa.
INÉS. ¡Ah vil traidor!
¿Cómo y cuándo?
DOCTOR. (Sacando un diario.) En este diario
viene el suceso fatal.

«Un éxito colosal,
asombroso, extraordinario.»

INÉS. (Leyendo donde le ha señalado el Doctor.)
«Conflicto de honor.»

DOCTOR. Así
el cange infame se llama.
Cambió el título del drama;
pero lea usted aquí.

INÉS. (Leyendo.)
«¡Desventurada hija mía!
Lucho; pero lucho en vano:
no existe poder humano,
ni ley, ni sabiduría...»
¡De Luis estos versos son!

DOCTOR. Y el argumento es el mismo;
conflicto entre el heroísmo
del deber y el corazón.

INÉS. ¡Yo muero!

DOCTOR. Calme su afán.
El riesgo ha de precaver
de que Luis llegue á saber
la noticia... Con mi plan,
dar podremos tiempo al tiempo:
que recobre la energía
en el campo... Hoy le sería
fatal este contratiempo.
Doña Inés, serenidad.

INÉS. Sí, sí, tiene usted razón...
Adivino su intención...
Que ignore esa novedad
espantosa, inesperada.

DOCTOR. Pues si salvarle desea,
debe usté impedir que lea
libros, periódicos, nada
que excite su extraordinario
interés de fama y gloria.

INÉS. ¡Ay, Doctor!... Me hace memoria
que Luis recibe un dïario

de Madrid... Puede leerlo
y de ese modo saber...

DOCTOR. ¿Lo tiene ya en su poder?
¡Pronto!

INÉS. (Dirigiéndose al foro.)
¡Vamos á saberlo!
¡Alberta! (Llamando.)
El está suscrito.

## ESCENA X

Aparece ALBERTA por el foro.

INÉS. ¿Llegó el correo?

ALBER. Tiempo ha.

INÉS. Y el diario ¿dónde está?

ALBER. Se lo entregué al señorito
don Luis.

DOCTOR. ¿Cuándo?

INÉS. ¿Cuándo?

ALBER. Ahora.

INÉS. ¡Me has perdido, Alberta!

ALBER. ¡Yo!

DOCTOR. Suerte que no lo leyó;
tranquilícese, señora.
Todavía está en el fiel
la balanza... Vaya á verle,
y cuide de sustraerle
ese funesto papel.

LUIS. ¡Madre! (Dentro, aproximándose.)

INÉS. (Que se disponía á ejecutar la indicación de don Pedro.) ¡Ah!

DOCTOR. ¡Ya lo ha leído!

LUIS. (Dentro, á punto de salida.)
¡Me han robado! ¡Me han robado!

## ESCENA XI

DICHOS y LUIS por la derecha.

LUIS. (Estrujando un periódico en sus manos, convulso, pálido y nervioso.)
¡Madre!

INÉS. (Corriendo á su encuentro.)
¡Hijo!

DOCTOR. (Acercándose también á Luis y cogiéndole una mano.) ¡Desdichado!
¡Lo que temí ha sucedido!

INÉS. (Viendo que Luis no puede articular frase alguna.)
¡Por tu fe! ¡Por Dios! ¡Por mí!

DOCTOR. Vamos, Luis, resignación;
muestre su gran corazón.

INÉS. ¡Hijo mío, vuelve en ti!

DOCTOR. (Alarmado por el silencio de Luis.)
Llore usted, Luis...

INÉS. ¡Qué suplicio!

DOCTOR. ¿Dónde su valor está?

INÉS. ¡Luis!

LUIS. (Que ha pasado por una crisis suprema, con acento profundamente sarcástico seguido de una risa prolongada.)
¡La gloria!... ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!...

DOCTOR. Se consumó el sacrificio.

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

En el cuarto del actor don Juan Enríquez, con accesos al foro y á un cuarto derecha.—Muchos y ricos objetos de arte.—Panoplias con armas de distintas épocas.—Trajes, etc., etc.

## ESCENA PRIMERA

ENRÍQUEZ caracterizándose al espejo, usando un traje de caballero castellano de la Edad Media. Su hija ELVIRA, vestida á la moda con exquisita elegancia, sentada en un diván.

ELVIRA. Nunca acaba tu tarea.
Debe ser difícil.
ENRÍQ. Mucho.
Romea, en esto, era ducho;
pero aquél era Romea.
Gana un rostro en la expresión
si lleva bien definido
el carácter... Un descuido
causa muy mala impresión.
Ya hallé un retoque feliz.
ELVIRA. Te llaman gloria del arte,
ENRÍQ. Mas tú no puedes quejarte.
ELVIRA. Yo soy una pobre actriz.
ENRÍQ. ¡El público es caprichoso!
Han dicho ¡gloria española!,
y con esta idea sola,
para mí título honroso,

lo haga bien, ó lo haga mal,
salgo á escena muy ufano
porque ya sé de antemano
que me han de aplaudir igual.
Pero esta noche no son,
para el actor, hija mía,
los aplausos... ¡Qué! ¿Traía
(Con acento muy cariñoso)
tu elogio oculta intención?

ELVIRA. No lo creas.

ENRÍQ. Eres parte
interesada... Tu esposo...
Ese, Elvira, es el dichoso,
porque en la historia del arte
su nombre se grabará
con letras de oro, y el mío,
pasado este desvarío,
olvidado quedará.
Pero siendo tú dichosa...

ELVIRA. Mucho, papá.

ENRÍQ. Eso me place;
tu dicha me satisface
más que la fama engañosa.

ELVIRA. Pecas de muy lisonjero
esta noche.

ENRÍQ. Sin lisonja:
no naciste para monja
con rostro tan hechicero.
De ti pende, te lo juro,
ó mi bien ó mi quebranto;
no extraño que te ame tanto
ese pícaro de Arturo.

ELVIRA. Bien ganó tu voluntad.

ENRÍQ. Sí por cierto. Me ganó
cuando el drama me leyó.
A otro cualquiera, en verdad,
no le hubiera seducido
el dote que te ofrecía..

ELVIRA. ¿Te arrepientes?
ENRÍQ. No, hija mía.
¿Cómo estar arrepentido
cuando en él al genio vi,
y acerté con la esperanza?
Mira el éxito que alcanza
su drama.
ELVIRA. Muy grande; sí.
ENRÍQ. Digno es ya de la fortuna
de llamarse tu marido;
pero el alma te ha sorbido
y perder temo...
ELVIRA. ¡Tontuna!
¿Vas á temer que mi amor
puede faltarte?... Jamás.
(Se levanta y besa en la frente á su padre.)
Prometo quererte más.
ENRÍQ. ¡Hum!
ELVIRA. Desecha ese temor;
ni uno ni otro, tu reproche
merecemos; él te llama
su dicha, su dios, su fama.
ENRÍQ. ¡Ah bribonazo! Esta noche
me siento actor... tengo vena
y entusiasmo; te aseguro
que han de llamar á tu Arturo
más de diez veces á escena.

## ESCENA II

DICHOS, y ARTURO de frac, por el foro.

ELVIRA. Aquí le tienes.
ARTURO. La hora
se aproxima.
ELVIRA. De ti hablábamos.

ENRÍQ. Me estaba diciendo Elvira,
que aunque pareces un santo,
eres un...

ELVIRA. No es cierto, Arturo.
El te llamó bribonazo.

ENRÍQ. No pueden medrar contigo
ni estratagemas ni engaños.

ARTURO. ¿Conque bribón?

ENRQÍ ¿Y lo otro?
¿No le cuentas.. ?

ARTURO. ¿Queda aún algo?

ELVIRA. Dice que te han de llamar
diez veces al escenario

ARTURO. ¡Mucho puede el gran actor!

ENRÍQ. Más he dicho... ¿Y el teatro?

ARTURO. (Con gran indiferencia.)
De bote en bote.

ENRÍQ. Lo dices
con tono tan desmayado...

ELVIRA. ¿Te cansa la gloria?

ARTURO. No;
pero me va acostumbrando
á sus triunfos el papá.

ENRÍQ. (Que se ha ceñido la espada y ha dado fin á su *toilette.*)
¡Eh! ¿Qué tal? ¿Cómo ha quedado
mi *toilette?*

ARTURO. Perfectamente.

ENRÍQ. Este personaje... Arnaldo
de Mendoza, de tu drama,
es un buen señor chapado
muy á la antigua... Nosotros
somos más despreocupados.
No sacrificamos hijas
por prestigios que pasaron,
ni metemos al honor
en conflictos tan extraños.
Hoy, Arturo, ya no existe

el honor; lo hemos jugado
á la ruleta.

ARTURO. (Con cierta intención.) ¡Es verdad!

ENRÍQ. Transforma al buen don Arnaldo
en un conde de levita;
exhíbelo en el teatro,
en un drama de costumbres
con ese honor tan bizarro,
y te juro que no sale
ileso del escenario.

## ESCENA III

DICHOS y el traspunte OCAÑA por el foro.

OCAÑA. ¡Don Juan!

ENRÍQ. ¿Qué pasa?

OCAÑA. ¡Que estoy
furioso, desesperado!
La escena á medio arreglar;
el guardarropa fumando
tranquilamente; y la dama,
que ha de empezar, en su cuarto,
con periodistas y autores
en interminable diálogo;
y la hora se aproxima,
y el reloj sigue marcando...

ENRÍQ. Bien, Ocaña. No te apures.
Ven conmigo al escenario. (Vanse foro.)

## ESCENA IV

ARTURO, ELVIRA.

ELVIRA. Tienes aire distraído;
esto ya pica en historia.

ARTURO. Pensaba en ti y en la gloria.
ELVIRA. Pronto del paso has salido.
¿Qué tienes?
ARTURO. Nada.
ELVIRA. Me pierdo
en un mar de conjeturas:
creo que el alma torturas
con algún vano recuerdo,
porque á veces, sin motivo,
cuando la vida es más bella
y más feliz nuestra estrella,
quedas triste y pensativo.
Tú quieres disimular;
luego tu faz se serena;
pero, Arturo, me das pena
sin poderlo remediar.
ARTURO. De seguro que el placer
me tendría ensimismado,
pues con penas á tu lado
ya ves que no puede ser.
ELVIRA. Antes de darte la mano
¿qué te dije? Que yo era
muy alegre... muy tronera,
hablando en estilo llano...
ARTURO. ¿Cuál es, Elvira, tu anhelo?
ELVIRA. Pero nos dió en conclusión
el cura la bendición;
y ¿qué queda de aquel cielo
que me prometiste, Arturo?
Nada; un hombre ensimismado
y un ídolo abandonado.
ARTURO. Te equivocas, te lo juro.
ELVIRA. Da pruebas de tu pasión.
ARTURO. Mil pruebas te quiero dar:
siempre tendrás un altar
dentro de mi corazón.
ELVIRA. ¡Bah!... Ya veo que exageras
como siempre.

ARTURO. No hay ficción
en mis frases. Ellas son...

ELVIRA. (Sin dejarle acabar.)
Bien. Permito que me quieras.
Pero nunca te he de ver
ni triste ni cabizbajo,
porque me cuesta trabajo
conciliar con el placer
que sentimos en redor,
ese sentimiento vano,
ese semblante de hulano
que pones á lo mejor.

ARTURO. ¡Soy tonto de capirote!

ELVIRA. Cuando quieras fastidiarte,
fastídiate; pero en parte
donde ninguno lo note.

(Oyese el rumor como de un público que comienza á impacientarse; causa en Arturo y Elvira dos efectos muy distintos, como se desprende del diálogo.)

¿Oyes?

ARTURO. Sí; la muchedumbre
se agita en sordo rumor.

ELVIRA. ¡Qué ruido tan seductor!
¿Y sentías pesadumbre?
¿Y se nublaba tu frente
tan cerca de la victoria?

ARTURO. ¡La gloria! ¡Siempre la gloria!
Que nos inunde un torrente
de coronas y de flores.

ELVIRA. Loco el público te aclama.

ARTURO. Y la crítica me llama
príncipe de los autores.
Siga el brillante torneo...
De la fiesta esplendorosa
yo soy el héroe; y mi esposa
eres tú... ¿Qué más deseo?...

## ESCENA V

Dichos y don JUAN, seguido del BARBA, viejo guerrero castellano, armado de todas armas, y el GALÁN JOVEN, que usa un traje muy rico de pirata argelino.

Barba. ¡Albricias, insigne autor!
Arturo. (Estrechando la mano que el Barba le alarga.)
¡Gracias, don Miguel!
G. Jov. (Dándole también la mano.) ¡Qué palmas
van á sonar esta noche!
Enríq. El público te prepara
una ovación.
Barba. Con justicia.
Arturo. ¿Quieren confundirme?... ¡Basta!
Enríq. ¡Oh! La modestia... Bagaje
inútil.
Barba. Cierto.
G. Jov. La fama
nunca se equivoca.
Elvira. (Entusiasmada.) ¡Arturo!..
¡Cuán dichoso eres!
Enríq. Tratan
de obsequiar tu beneficio
por manera inusitada,
y esta noche en un verjel
piensan convertir las tablas.
Arturo. Y ¿á quién se debe esa gloria?
A ustedes.
Barba. ¡No!
G. Jov. ¡Muchas gracias!
Enríq. Mira, hijo: tú has sembrado
buena semilla, y ganada
tienes la rica cosecha.
Hoy se escriben pocos dramas
como el tuyo. En él se encuentran
pasión, movimiento, alma:
lo que da mayor carácter

á una obra... ¡Uf! Ya daba
al olvido el parentesco
que nos une. Sin las trabas
que lo impiden, esta noche
te subo en pocas palabras
á los cuernos de la luna.

ARTURO. ¿Eso más?

ELVIRA. Esposo, aguanta
el chaparrón, que es de flores.

ARTURO. Extenderé mi paraguas.

ENRÍQ. Y ¿qué es la modestia? El arte
que más hábilmente engaña
haciendo que digan otros
la buena opinión formada
por el propio interesado.

G. JOV. Conforme, don Juan.

BARBA. (Que se acercó á unas mesas llenas de objetos de arte, donde campea un busto de regular tamaño.)
¿Qué es esto?

ARTURO. Mi busto en bronce.

G. JOV. Retrata
perfectamente al autor.

ARTURO. No está mal.

BARBA. (Examinando otro de los objetos.)
¡Soberbia alhaja,
de oro repujado!

ELVIRA. Y gusto
muy exquisito.

BARBA. (Tomando otro regalo.)
¡Hola! ¡Hola!
Un cronómetro. ¡Caramba!
¡Qué joya tan rica!..

ELVIRA. Lleva
las iniciales grabadas
en rubíes diminutos.

BARBA. (Mirando en el sitio donde se suponen grabadas las iniciales, y como leyendo.)
«Arturo Espinosa...» ¡Vaya!

G. Jov. ¡Esto es un bazar!

Barba. Arturo,
antes que lo olvide: tanta
timidez no cuadra bien
á un escritor de su talla.
Lo digo porque parece,
cuando el público le llama
á escena, que no ha ganado,
de sobra, flores y palmas.

Elvira. ¿Lo oyes? Todos lo han notado.
Sal con mayor arrogancia.
Ten más valor.

Arturo ¿Eso observan?
Pongan en mí las miradas
esta noche. No tendrán
queja alguna. No se trata
de un corazón pusilánime.
Si á mí el valor me faltara,
ni tú serías mi esposa
ni la fortuna mi esclava.
¡Caiga una lluvia de flores
sobre mis sienes! ¡Que arda
el público en entusiasmo!

Barba. ¡Así!

G. Jov. ¡Así!

Elvira. ¡Ya me agradas!

(Suenan dentro algunas campanadas.)

¿Oyes?

Arturo. El segundo aviso.

Elvira. ¡Qué bien suena esa campana!
Corro á mudarme de traje.

Enríq. ¿Tanta prisa?

Arturo. No trabajas
en todo el acto primero.

Elvira. Pienso vestirme con calma.

Barba. ¿A la escena...?

G. Jov. Sí; marchemos.

Enríq. Yo requeriré la espada.

(Vanse todos menos Enríquez.)

## ESCENA VI

ENRÍQUEZ solo.

ENRÍQ. ¡Albricias, insigne autor!
Pero tu obra sería
una obra inerte y fría
sin la ayuda del actor.
La imagen de la hermosura,
impresa, muda, parada;
una mariposa helada,
una yacente escultura.
Pero el actor, que es tu hermano,
anima á la estatua fría,
y con su propia energía
la convierte en ser humano.
Le comunica su aliento,
darle su sangre procura,
y la inmóvil hermosura
toma vida y movimiento.
Por el arte que idolatro
adquieres tú eterna fama:
loco el público te aclama,
y parece que el teatro
entre aplausos se derrumba:
pues por mi arte que encanta,
tu escultura se levanta
cual Lázaro de su tumba.

## ESCENA VII

DICHO; el DOCTOR don Pedro por el foro.

DOCTOR. ¿El gran actor...?
ENRÍQ. Sin ser grande,
actor soy; saber deseo

quién me honra con visita
tan cortés.

DOCTOR. Me llamo Pedro
Orozco; apellido oscuro.
Tengo un título: soy médico.

ENRÍQ. Tome una silla.

DOCTOR. Mil gracias;
diré á pie firme el objeto
de mi visita... Señor
Enríquez, de veras siento
que haya caído en las redes
de un vil engaño.

ENRÍQ. No tengo
que arrepentirme de nada
de cuanto hice, caballero.
Explíquese usted.

DOCTOR. Al punto.
Un amigo de lo ajeno,
un miserable, ha robado
un tesoro grande, inmenso...
como que es ese tesoro
el patrimonio de un genio.
Ha dejado á una familia
honrada en profundo duelo,
y por amarga fortuna,
encadenada al suceso,
loco también de dolor
al infortunado genio.
Pues bien: en usted estriba
que se deshaga el entuerto,
y que vuelva ese tesoro
á su legítimo dueño.

ENRÍQ. Para esa empresa me tiene
á sus órdenes, don Pedro.
Ignoro de qué manera
le podrá ser valedero
mi concurso... Pero mande,
y obedecer le prometo.

¿Quién es el ladrón?... ¿Se calla?...

DOCTOR. Don Juan: hasta este momento
nunca apreciar he sabido
lo que valía el silencio.

ENRÍQ. ¿Cómo se llama?

DOCTOR. Arturo.

ENRÍQ. ¡Mi hijo!

DOCTOR. El mismo.

ENRÍQ. Don Pedro,
si no viese blanquear
las canas en sus cabellos;
si su acento repcsado
y continente severo
no me mandasen callar,
no me inspirasen respeto,
diría que es usted loco
ó mentecato

DOCTOR. Comprendo
esa noble indignación;
mas juro á Dios que no miento.
Sé que la afrenta es mortal
para tan buen caballero.
Sé que con esta denuncia
hago jirones su pecho...
pero el deber me lo manda;
así me lo exige el ruego
de una madre sin ventura,
y yo cumplo como bueno.

ENRÍQ. ¿Y asegura usted que Arturo
ha sido ladrón...?

DOCTOR. De un genio
desdichado... Esos laureles,
esa corona que ha puesto
la fama en sus sienes, no
es suya, no, caballero.

ENRÍQ. ¡Sombra que enturbias mis ojos,
vergüenza que vas subiendo
á mi rostro .. abandonadme!

¡Dejad á mi entendimiento
que sacuda los resortes
de este miserable enredo!
Usted se equivoca... El drama
es de Arturo... ¿no ha de serlo?
Si hay nudo, que se deshaga,
y se lucha si hay infierno;
porque sería de ver
que cosas que Dios ha puesto
como imposibles, resulten
verdaderas... ¡No, don Pedro!
Y es tan segura mi fe,
tanto la verdad respeto,
que ya en calma puedo hablar
de esa afrenta, sin que el pecho
á pedazos se me salte,
sin que se agiten mis nervios
y sin que apague el asombro
la luz de mi entendimiento.

DOCTOR. Pues con calma... con tranquila
serenidad... en el cielo
puesta mi conciencia y
la mano sobre mi pecho,
repito que su hijo Arturo
es el ladrón.

ENRÍQ. ¡Caballero,
hay leyes y tribunales
que castigan el exceso
de la calumnia!

DOCTOR. ¡Lo sé!

ENRÍQ. ¡Pruebas, pruebas, caballero!
Pero claras como el sol
del mediodía... ¡que al reo
confundan con su evidencia!

DOCTOR. (Que queda algún tanto perplejo.)
¿Pruebas?

ENRÍQ. ¿Se calla? ¡Comprendo!
No las hay; no puede haberlas.

¿Pertenece ese secreto
sólo á usted?... ¡Respiro! Yo
soy más feliz... Yo las tengo,
pero prueban lo contrario.
El honor es lo primero
de la vida. Mi hijo Arturo
tiene honor; yo le defiendo.

DOCTOR. ¿Pide usted pruebas? Espere...
pronto estaré de regreso.

ENRÍQ. ¿Luego existen?

DOCTOR. Sí á fe;
vivas, testimonios ciertos
que llevan la luz al caos
y al alma el convencimiento.

(Vase por el foro.)

## ESCENA VIII

ENRÍQUEZ solo.

ENRÍQ. Siento que al rostro me afluye
la sangre... y que me golpea
la mejilla... ¡Acción tan fea
me abrasa... la fe destruye
que tenía en la honradez
de los hombres!... ¡Oh! ¡Imposible!
Este es un caso increïble
de circunstancias... Tal vez
han engañado al doctor;
de buena fe se equivoca,
y sin querer me coloca
en el conflicto mayor
de mi vida... Sí; eso es.
Dará el hombre sus razones,
vendrán las explicaciones,
y se hará la luz después.
¡Decir que Arturo es ladrón!...
¿Dónde hay cosa más absurda?

Me tranquilizo; es muy burda
la trama: tal sinrazón
pide claridad de juicio.
Pondré un freno á mi zozobra;
porque esto debe ser obra
de un diabólico artificio.

## ESCENA IX

DICHO y OCAÑA por el foro.

OCAÑA. ¡Don Juan!
ENRÍQ. (Hablando consigo mismo y paseándose inquieto.)
(¡Imposible!)
OCAÑA. ¿Cómo
imposible? Ya está lista
la escena. ¿Empezamos?
ENRÍQ. (Siguiendo en su preocupación.)
(¡Nunca!)
OCAÑA. ¡Don Juan!
ENRÍQ. ¿Qué hay? (Parándose.)
OCAÑA. Le decía
que si se puede empezar.
Las ocho y media cumplidas.
ENRÍQ. Eso será en tu reloj:
en el mío todavía
faltan algunos minutos:
el tiempo que necesita
uno que tiene impaciencia
para consumir su vida.
Pero el público es el amo
y exige que se le sirva
puntualmente... ¿Está la dama?
OCAÑA. Esa nunca tiene prisa.
Siempre acaba su *toilette*
en escena .. Luego chilla
contra el traspunte si el público
cuchichea, y aun afirma

que mi oficio es el más bajo
que existe en la compañía.
¡Mas si uno decir pudiera
lo que sabe...! Tiene un *lila*
que le hace el amor, y, claro,
como ella se despepita
por él, bien puede avisar
el traspunte: la salida
siempre se retrasa... Pues
¿y el barba? ¡Qué sangre fría!
¡Válgame Dios! La otra noche,
faltaban dos redondillas
en un parlamento para
que él hiciese su salida,
y me lo encuentro en su cuarto...
¿cómo? .. ¡en mangas de camisa!
Y gracias á mí, don Juan,
no hubo esa noche una grita.
Le envolví con una capa,
le di una gran sacudida,
y á la escena le arrojé
por donde menos debía.
¿Y el galancito? ¡Ese es otro
que bien baila! Ya tenía
ganas de contarle á usted
lo que acontece... Ese intriga
más que Bismarck; según dice,
todos se mueren de envidia
por su persona, y también
resulta, para ese artista
en agraz, que es el traspunte
una cosa inútil, ínfima.
Ahora se halla muy ufano,
porque cree que maravilla
actüando de *il pirata*
*archelino,* y no hace migas
con nadie, como si fuera
algo la piratería;

y á no ser por mí, don Juan,
que tengo el pulso y la vista
puestos en él, ya le hubieran
reventado de una grita.

ENRÍQ. (Que le ha escuchado como quien oye llover.)
Oye, Ocaña: si un ladrón,
con miserables intrigas,
una hija te robase,
cubriéndote de ignominia
y de vergüenza y de lodo...
¿qué le harías?

OCAÑA. ¿Qué le haría?
Don Juan, no lo sé... Yo nunca
he sido padre.

ENRÍQ. ¡Gran lila!
Vamos á ver: tú ¿qué has sido?

OCAÑA. Traspunte toda mi vida.

ENRÍQ. ¡Vete ya!

OCAÑA. Pero ¿empezamos?

ENRÍQ. ¡Vete y mi furor evita!

OCAÑA. (¿Qué mal bicho le ha picado?
Sus ojos arrojan chispas.) (Vase por el foro.)

## ESCENA X

ENRÍQUEZ solo.

ENRÍQ. ¡Actor infeliz! En vano
laurel ostentan tus sienes,
porque en el público tienes,
en vez de amigo, un tirano.
No hay desdicha ni dolor
que le conmuevan: tu pena,
ni te libra de la escena,
ni mitiga su rigor.

# ESCENA XI

DICHO. El DOCTOR, doña INÉS y LUIS; éste apretando convulsivamente un gran rollo de papel blanco sobre el pecho.

DOCTOR. He aquí mis pruebas.
ENRÍQ. ¡Ah!
Debí haberlo sospechado.
LUIS. (Señalando á Enríquez, con acento seco y nervioso.)
¡Ese el drama me ha robado!
Mira al ladrón: allí está.
INÉS. Lo tienes en tu poder;
te han engañado, hijo mío.
LUIS. (Apretando con fuerza el rollo de papel entre sus manos.)
¡Es verdad!
ENRÍQ. (¡Espanto y frío
se apodera de mi ser!)
INÉS. (Adelantándose con majestad.)
Señor: harta de sufrir,
con el alma desolada,
una madre desdichada
viene justicia á pedir.
Del hijo que yo tenía
y el drama que él escribió,
allí está lo que quedó:
una rica fantasía
sumida en fatal ceguera;
y por único laurel,
unas hojas de papel
que ata un loco á su quimera.
No abrigo pena ficticia
ni deseo de hacer daño,
ni de la gloria el engaño
me mueve á pedir justicia...
pero el Doctor asegura

que su ciencia infructüosa
sólo puede en una cosa
dar remedio á esa locura.
Mostrarle la realidad,
en la escena presentándole
al público... impresionándole
con súbita novedad...
¡Tal es el único medio
que existe de salvación!
Volver puede á la razón
empleando ese remedio.
Señor, suplico, no arguyo;
pido sintiendo honda pena
que salga mi Luis á escena,
ya que el triunfo ha sido suyo.

(Todo esto dicho con voz reposada y serena, con acento dulce y dolorido.)

ENRÍQ. (Apropiándose al tono majestuoso de doña Inés.)
Señora: dudar no quiero
de la honradez, cuando viste
la toca del duelo triste
y usa un lenguaje severo.
Pero la duda se agranda
cuando el juez estremecido
envuelto ve á un ser querido
en la terrible demanda.
¿De dónde vienen y cómo
su aserto pueden probar?
¿Quién les trajo á este lugar
donde no existe ni asomo
del suceso que delatan?
Miren, antes de seguir,
un poco hacia el porvenir,
si de calumniarnos tratan.

INÉS. No, don Juan. Me llamo Inés
de Mendoza.

ENRÍQ. ¡Santo Dios!
¿Mi madre y usted...?

INÉS. Las dos
muy amigas.

ENRÍQ. Eso es:
muy amigas, lo recuerdo.
Pruebas hay de aquel cariño.

INÉS. Era usté entonces muy niño.

ENRÍQ. Pero, así y todo, me acuerdo
¡Fatalidades del mundo!
Mi madre le debe á usted
un gran bien, y la merced
recibe un daño profundo.
Mucho tiempo he procurado
saber dónde se ocultaba
mujer tal, que así olvidaba
beneficio aun no pagado.
Por deber, no por virtud,
mi madre, cuando murió,
como herencia me dejó
sus deudas de gratitud.
Usted viene... con derecho,
por esas prendas sagradas:
aquí están depositadas
en el fondo de mi pecho.

INÉS. ¡Señor!

ENRÍQ. La justicia implora
de que salga su hijo á escena;
no se empieza por la pena;
falta el proceso, señora.
Como buen juez, necesito,
antes de dar la sentencia,
conocer bien la existencia
misteriosa del delito.
Usted apela á mi honor,
y mi honor será su escudo;
con justa causa, no pudo
venir á parte mejor.
Y luego, con mi deber
juro que sabré cumplir...

Ni más me puede pedir
ni más le puedo ofrecer.

DOCTOR. Fïamos en su nobleza.

INÉS. Por suerte damos, señor,
con un gran juez: el honor.
Así mi espíritu empieza
á cobrar la fe perdida.
No pensé, pobre mujer,
que hay quien hace del deber
la religión de su vida.
Usted pone la virtud
del honor á mi servicio;
usted pone el sacrificio...
Yo pongo la gratitud.

## ESCENA XII

DICHOS y OCAÑA, impaciente, por el foro.

OCAÑA. ¡Don Juan!

ENRÍQ. Salir necesito
á escena .. El deber me llama;
conservemos ese drama
que es el cuerpo del delito.
¿Me piden justicia?... Sea.
Les señalo por prisión
esta misma habitación:
les detengo con la idea
de que arroje mi proceso
la verdad clara y desnuda,
pues la sombra de una duda
me hundiría con su peso.

(Vase por el foro, seguido de Ocaña.)

## ESCENA XIII

El DOCTOR, LUIS, doña INÉS.

INÉS. ¡Doctor! ¡Doctor! Dios ha oído
mis súplicas.

DOCTOR. Todavía
falta mucho.

INÉS. La hidalguía
de ese hombre me ha sorprendido.

DOCTOR. Su lealtad es notoria;
pero la lucha es suprema,
y de un terrible problema
depende nuestra victoria.

INÉS. ¡Siempre con desconfïanzas!

DOCTOR. No, doña Inés; sólo anhelo
que no remonten el vuelo
tan alto sus esperanzas.
Don Juan, con ser tan hidalgo,
lleno de sana intención,
buscará una solución,
un medio decente... algo,
en fin, que con buenos modos,
sin escándalo ni afrenta,
deje saldada la cuenta
á satisfacción de todos.
Y no habría oposición
siendo el recurso decente;
pero á ese pobre demente
¿quién le vuelve la razón?

INÉS. Nos guía opuesto interés,
lo reconozco con pena.

DOCTOR. Para nosotros, la escena,
sala de clínica es
Luis puede en ella sufrir
una crisis salvadora;
por humanidad, señora,

debe á la escena salir.
El cerebro, en la locura,
es un bosque enmarañado
de pensamientos, velado
como una cámara oscura.
Cuestión de alguna celdilla
que gira y el paso obstruye
por donde la luz afluye
al alma. . Cuestión sencilla
en la forma. El tratamiento
es muy fácil. Se reduce
á remover el obstáculo
por medio de un espectáculo
sensacional... Se produce
previamente algún trastorno
en los nervios, en la idea...
El cerebro se caldea...
La materia en ese horno
va perdiendo rigidez...
Viene el golpe; la impresión...
Se opera la reacción...
Se restituye otra vez
á su lugar la celdilla,
y, tras la crisis nerviosa,
la razón, luz prodigiosa
del alma, de nuevo brilla.

INÉS. Pues que descienda esa luz
al fondo del desvarío
y que arroje el hijo mío
su negra y pesada cruz.
Doctor, que Dios nos asista.

DOCTOR. Seremos tres á luchar.
Puede que aun vean rezar
á un doctor positivista.
Por lo demás, doña Inés,
yo también tengo mi vena.
Esta noche salgo á escena
si cumple á nuestro interés.

INÉS. Me entusiasma su energía.
¿Sería capaz, don Pedro...?
DOCTOR. Sí, señora; no me arredro;
con la mayor sangre fría
Me considero capaz,
por mi honra de doctor,
de arrancarle al falso autor
en escena el antifaz
y hasta la vida después.
INÉS. ¿En escena?
DOCTOR. Sí; allí mismo.
Esto no es positivismo,
pero es verdad, doña Inés.
INÉS. No tema: en don Juan confío;
ese hombre cumplirá
su palabra... Volverá
la razón al hijo mío.
¿Verdad, Luis, que no ha de ser
eterno tu desconsuelo?
¿Verdad que no puede el cielo
prolongar tu padecer?. .
LUIS. (Que, durante el diálogo de doña Inés y el Doctor, estuvo en monólogo consigo mismo y que ha oído á su madre con un aire de gran indiferencia, al terminar ésta suelta una gran carcajada.)
¡Ja, ja, ja! A un pozo profundo,
muy profundo, han arrojado
la luz; envuelto ha quedado
en densas sombras el mundo;
y andan errantes los ojos,
los ojos del sol que miran
en la oscuridad y giran
como dos espectros rojos.
La luz se hallaba en el colmo
del descuido adormecida,
paloma del cielo huída
sobre la copa de un olmo;
y un cazador que era ciego,

en venganza la mató
y al abismo la arrojó,
sombra de una sombra luego;
y envuelto en negro capuz
en medio del firmamento
donde el sol tuvo su asiento,
quedó un gusano de luz.

DOCTOR. ¿Y el alma?

LUIS. ¿El alma?... Ha caído
del cerebro y se ha extraviado
en un bosque enmarañado
de tinieblas.

DOCTOR. Y ¿qué ha sido
de la idea y su hermosura?

LUIS. ¡La idea!

DOCTOR. ¡La luz divina!

LUIS. ¡La flor negra!... Allá germina.

DOCTOR. ¿Dónde?

LUIS. En una sepultura.

DOCTOR. ¿Y la gloria?... ¿Ha perecido
también?

LUIS. ¡La gloria!... ¡La gloria!

DOCTOR. Sí. Búscala en tu memoria.
¿La encuentras?

LUIS. Hizo su nido
aquí dentro. (Oprimiéndose las sienes.)

DOCTOR Y ¿dónde está
ahora?...

LUIS. ¿Dónde? En las rüinas.
Lleva corona de espinas
en la frente .. ¡Ja... ja... ja...!

## ESCENA XIV

DICHOS y ENRÍQUEZ por el foro.

ENRÍQ. Heme aquí otra vez, señores.
Poco les hice esperar...

Ya podemos empezar
el drama entre bastidores.
Quiero quedar con el reo
y con la víctima, y ver
si se pueden entender
verificando un careo.

(Coge de la mano á Luis y lo conduce al cuarto derecha, cerrando después la puerta.)

Su hijo aquí... No les asombre
mi conducta.

(Pausa.)

INÉS. Usted dirige.

ENRÍQ. (Aproximándose al foro.)
¡Ocaña! (Aparece este personaje.)
Donde te dije,
llévales.

(Señalándole después con la acción y dirigiéndose al Doctor y doña Inés con la palabra.)

¡Sigan á ese hombre!

(Se marchan.)

## ESCENA XV

ENRÍQUEZ solo.

ENRÍQ. No se conserva la calma
cuando la conciencia grita
y de repente se agita
con rudo vaivén el alma.
Convencerme necesito
de su dudosa inocencia
llevándole á la presencia
cara á cara del delito.
Ya mi aviso le habrán dado.
Yo de espaldas y él de frente,

(Se sienta enfrente del espejo.)

le veré perfectamente

en el cristal retratado...
Aquí llega.

## ESCENA XVI

DICHO y ARTURO por el foro.

ARTURO. (Sentándose á espaldas.)
¡Qué pasión
le has tomado á la pintura!

ENRÍQ. Tengo la mano insegura
esta noche... Mi afición
tiene disculpa: tu drama.
¡Un conflicto entre el amor
de un padre y un santo honor!
(Se vuelve hacia Arturo y dice:)
¿Quién te ha inspirado esa trama,
Arturo?

ARTURO. No me interesa
negar que su fundamento
lo tomé del argumento
de una tragedia francesa.

ENRÍQ. (¡Mentira! ¡Primer indicio!)
Quien como tú con primor
versifica y tal calor
humano da al artificio,
no tiene necesidad
de robar...
(Se detiene un momento para examinar dentro del espejo la cara de Arturo. Este no puede contener un movimiento. Enríquez acaba después el verso afectando mucha naturalidad.)
originales
franceses... ¡Tú mucho vales,
pero mucho, en realidad!

ARTURO. (Aparte con alguna inquietud.)
(¡Me estremece su ironía!)

ENRÍQ. (¡Se está delatando él mismo!

¡Vive Dios!... ¡De su cinismo
mejor concepto tenía!)

ARTURO. (Rompiendo su silencio que le daña.)
¿Me llamaste...?

ENRÍQ. Un buen consejo,
Arturo, te quiero dar.
No te debes colocar
nunca enfrente de un espejo.

ARTURO. ¿Por qué razón?

ENRÍQ. Porque toma
lo que no es suyo imprudente
copiándolo exactamente;
y como el alma se asoma
á la cara con frecuencia,
si no te conviene, mal
haces en darle á un cristal
reflejos de tu conciencia.

ARTURO. ¡No te comprendo en verdad!

ENRÍQ. ¿Quieres un buen argumento
para un drama? El pensamiento
tiene fondo y novedad.

ARTURO. Ya te escucho...

ENRÍQ. Logra fama
cierto poeta novel
y se cubre de laurel
con un magnífico drama.
El actor que se lo estrena,
del poeta enamorado,
honrándole demasiado,
no sólo lleva á la escena
al autor y su victoria
viva en las tablas mantiene:
le da una hija que tiene
hermosa como una gloria,
y aun se ufana como un rey
de improviso coronado
creyendo el favor pagado
con oro de buena ley...

ARTURO. (Levantándose sin poderse contener.)
¡No te entiendo! ¡Acaba ya!

ENRÍQ. (Levantándose también.)
A ver si nos entendemos
de una vez; tú y yo debemos
saldar una cuenta.

ARTURO. ¡Ah!
¿Qué osas decir?

ENRÍQ. Que el drama
que de laureles te llena,
no es obra tuya; es ajena;
y que eso un robo se llama.

ARTURO. ¡Calumnia!... ¡Infamia!... ¡Mentira!...
¡Obra de algún impostor!...

ENRÍQ. ¿Calumnia dices? ¡Mejor
que sea calumnia!...
(Cierra la puerta del foro y abre la del cuarto derecha, diciendo:)
¡Mira!

LUIS. (Aparece en el dintel señalando á Arturo.)
¡Ese el drama me ha robado!

ARTURO. ¡Luis!... (Retrocediendo espantado.)

LUIS. ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!

ARTURO. (Comprendiendo que se ha denunciado.)
¡Maldición!

ENRÍQ. (¡Ah! ¡El ha sido el ladrón!
¡El mi nombre ha deshonrado!)
(Cae el telón antes de que se extinga la risa sarcástica de Luis.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

La decoración del acto segundo.

## ESCENA PRIMERA

ARTURO, sentado.

ARTURO. Fué tan brusca la sorpresa
y tan rudo el sobresalto
que no pude contenerme
ni supe disimularlo,
y aunque al punto me rehice
de aquel repentino pasmo,
don Juan llevóse el recelo
en el corazón clavado.
¡Todo perdido en un punto!...
El deslumbrador encanto
de la gloria y las sonrisas
que tienen todos los labios,
convertidos en insultos
y desprecios y sarcasmos..
¡Mi corona de laurel
pisoteada!... No tanto...
¿Qué prueba puede existir

de mi delito?... ¿Qué mano
me señala?... La de un loco.
Eso no basta .. Rechazo
por incapaz al testigo...
Don Juan no será tan cándido
que arroje al lodo mi gloria
que es la suya... ¡Estoy salvado!...

## ESCENA II

DICHO y OCAÑA, que aparece por el foro.

OCAÑA. ¡Don Arturo!
ARTURO. ¿Quién me llama?
OCAÑA. Ocaña, su servidor.
ARTURO. ¡Hola, Ocaña!
OCAÑA. ¡Qué furor
está despertando el drama,
y qué *Arnaldo* hace don Juan!
ARTURO. El teatro es su elemento.
OCAÑA. Mas nunca tuvo ese aliento,
ni esa fibra, ni ese afán.
(Se oyen dentro aplausos.)
¿Oye usted?
ARTURO. Nuevas palmadas.
OCAÑA. Esta noche maravilla
don Juan; en sus ojos brilla,
como nunca, á llamaradas,
su talentazo de actor.
ARTURO. Es un genio sin reproche.
OCAÑA. Y eso que tiene esta noche
un geniecito... ¡Qué humor
tan furioso y endiablado!
ARTURO. ¿De veras?
OCAÑA. Me despidió
antes de aquí; pero yo

le conozco demasiado,
y aunque sé que le incomodo,
le importuno y no soy tardo,
porque si yo me acobardo
entonces se pierde todo.
No hay nadie que más amor
ni más fe tenga al libreto.
En sus entrañas me meto
con más afán que el autor.
En las tablas, los actores
desempeñan su papel;
pero su guía, su fiel,
se oculta entre bastidores.
No me alabo, don Arturo,
ni me gusta cobrar fama...
Hoy sisean á la dama
si no es por mí, se lo juro.
Gracias que á tiempo salió...

ARTURO. (Interrumpiéndole.)
A usted le quiere don Juan. .

OCAÑA. Por eso rabiando están...
¡Si me lo he crïado yo!

## ESCENA III

DICHOS, y el BARBA y el GALÁN JOVEN por el foro. El primero dando muestra de una gran irritación.

BARBA. Don Arturo, estoy furioso.

ARTURO. Pues ¿qué ha ocurrido?

BARBA. ¡Me cansa
tanta injusticia!

G. JOV. La *claque*
que ha siseado.

OCAÑA. Cachaza,
don Miguel.

BARBA. ¿Cómo tenerla?
Esto obedece á una trama
miserable... ¿Sisear
á un actor de mi importancia?
¡Eso no se ha visto nunca
en el teatro!

OCAÑA. Parece
que es usted nuevo en las tablas.
Queden con Dios... Yo me voy
á prevenir á la dama. (Vase por el foro.)

## ESCENA IV

ARTURO, El BARBA y GALÁN JOVEN.

BARBA. ¿Qué opina usted, don Arturo?

ARTURO. Que dijo muy bien Ocaña.

G. JOV. ¿Acaso el mérito triunfa
jamás aquí? Las palmadas
se dan siempre á la amistad.
Ejemplo... ¿Merece palmas
la Ramírez?

BARBA. Una mona
sin pizca de arte ni gracia.

G. JOV. Pues la han sacado dos veces
en el mutis.

BARBA. Una plancha
de los *morenos*.

G. JOV. Es claro:
buen palmito, mucha audacia,
y á vivir: ése es el arte;
sin contar las emboscadas
y envidias de bastidores.

BARBA. ¡Ahí está el toque!... ¡Ahí llaman!

G. JOV. Don Arturo. ¿Quién dirá
que mi papel de pirata

me ha enemistado con todos?
¿Y por qué?... Porque me sacan
al despedirme de Aurora.
El público se entusiasma
en aquella despedida,
cuando digo ..

ARTURO. No hace falta
que lo repita... Conforme...
El público bate palmas
con justicia... (¡Arden mis sienes!)

G. JOV. Iba á recordar...

ARTURO. No; gracias.

(Vase á mirar los objetos como para eludir la conversación.)

G. JOV. (Entablando diálogo aparte con el Barba.)
Don Arturo está nervioso.

BARBA. Le seré franco: este drama
de moritos y cristianos
ó cristianos y piratas,
me va cargando.

G. JOV. Y á mí.

BARBA. Modernamente, los dramas
piden ideas en vez
de pasiones; hoy la gracia
consiste en civilizar
al pueblo y no en darle latas
insoportables.

G. JOV. No tanto...

BARBA. El drama no vale nada.
Un esperpento que el público
aplaude porque sí... Plagia
á *Guzmán el Bueno*. ¿Eh?
¿He dicho algo?...

G. JOV. Muy mala
opinión le ha merecido.
En cambio ayer le alababa
don Arturo á usted diciendo
que no hay un segundo barba

de mayores facultades
ni saber en todo España.

BARBA. No; si el drama es muy hermoso;
una joya literaria.
¿Quién lo pone en duda? Nadie.
Yo tan sólo me quejaba
de la *claque.*

G. JOV. No haga usted caso.

BARBA. Si don Juan no toma cartas
en el asunto... me voy,
se lo digo en confianza,
me voy de la compañía...
¡Apenas tendré contratas!...

## ESCENA V

DICHOS y LUIS por la derecha.

LUIS ¡Me han robado!... ¡Me han robado!

ARTURO. (¿Otra vez en mi presencia...?
¡Este loco es mi conciencia!)

BARBA. (Como interrogando á Arturo.)
¡Don Arturo...!

ARTURO. Está privado
de razón.

LUIS. (Tomando una actitud trágica.)
«¡Honor!... Mentira
que acaso inventar le plugo
á Luzbel... ¡Honor!. . Verdugo
de mi hija infeliz...»

ARTURO. ¡Delira!

BARBA. ¡Recita versos del drama! (Asombrado.)

ARTURO. (Aparte con rabia.)
(¡Se le incrustó en la memoria!)

LUIS. «¿Por qué este horror á la historia?
¿Por qué este miedo á la fama?»

G. Jov. Eso es del acto segundo.
Luis. «El honor es inmortal;
estatua con pedestal
en la conciencia del mundo.
Quedará apenas memoria
de este dolor de la vida;
la traición será esculpida
en el mármol de la historia.»
G. Jov. ¡Es extraño!...
Arturo. (Aparte.) (¡Maldición!)
Luis. «Cese esta ruda querella...
Honor en mí; muerte en ella.
¡No... no hay otra solución!
Lucho; forcejeo en vano...
¡Piedad!... Tenerla no puedo...
(Se fija en las espadas que hay en la panoplia, y, apoderándose de una de ellas, dice:)
¡Ah!... Mi espada de Toledo
cortará el nudo gordiano.»

## ESCENA VI

Dichos, y doña INÉS y el DOCTOR por el foro.

Inés. (Alarmada al ver á Luis con la espada, corriendo hacia él.)
¡Detente!... ¿Qué vas á hacer?
Arturo. ¡Doña Inés!
Doctor. ¡Arturo!...
Arturo. (Aparte.) (Calma
y cinismo sobre todo.)
Inés. ¿Cuál es tu deseo?... Mata,
si te atraves, á tu madre.
(Poniéndose ante él de rodillas.) (Pausa.) (Luis retrocede.)
¿Por qué retrocedes?... ¡Clava

tu espada en mi corazón!... (Levantándose.)
(Pausa.)
¡Ah!... ¡Si pudieran las lágrimas
brotar en tus ojos, pronto
la sangre blanca del alma
arrastraría esas sombras
que estoy viendo en tus miradas!
¡Aun así te ha conmovido
mi acento!... Llegó una ráfaga
de mi amor á tu cerebro.
Lo está expresando tu cara...
¡Desdichado!... Ya se encuentra
tu fiera altivez domada.
¡Me adivinas!... ¡Soy tu madre!
Con calor de mis entrañas
te di la vida... Con sangre
de mis venas te tornara,
á ser posible, la luz
en tu espíritu extraviada.
(En este punto Luis, como alelado, suelta la espada.)

DOCTOR. (Acercándosele rápidamente.)
¡Ah!... ¡Qué singular fenómeno!
¡Se ha conmovido!... Una ráfaga
de luz...

INÉS. (Llamándole.) ¡Luis!

DOCTOR. ¡Pronto, despierta
de ese sueño!

INÉS. ¡Hijo del alma!
¡Está á punto de llorar!

DOCTOR. ¡Vierte siquiera una lágrima!...
¡Doña Inés... sólo una línea
de la razón le separa!

INÉS. ¡Llora, Luis!... ¿No me conoces?
¡Soy tu madre!

DOCTOR. ¡Pronto!... ¡Estalla!

LUIS. ¡Ja... ja .. ja!...

DOCTOR. (Desalentado.) ¡Nuevo fracaso!

¡Al vacío otra esperanza!

(A doña Inés, que se enjuga las lágrimas.)

¡No llore!... Llévele adentro
y aguardemos á que salga
don Juan.

(Vase doña Inés por la derecha sollozando, llevándose á su hijo del brazo.)

## ESCENA VII

El BARBA, GALÁN JOVEN, ARTURO y el DOCTOR.

BARBA. ¿Quiere usté explicarnos...?
DOCTOR. ¿La razón de esa desgracia?
Una acción muy poco noble...
Hay aquí quien explicarla
podría con más acierto.
El nos diría la causa
del tormento de una madre
que así en llanto se derrama...
Porque lleva una corona
de espinas quien ostentarla
debiera de flores... Él
podría explicarles...
ARTURO. ¡Basta!...
¿Pedían explicaciones...?
¡Pues bien, señores! Se trata
de envolverme en una intriga
sin nombre... Se despedaza
mi reputación... Pretenden
arrancarme gloria y fama.
¡El hecho es inconcebible!...
Este hombre cuya honrada
probidad me es conocida,
sin embargo, me delata.
Debe juzgar de apariencias

absurdas, torpes, extrañas.
No quiero creer que sea
un testigo infame...

## ESCENA VIII

Dichos y doña INÉS por la derecha.

Inés. ¡Calla,
desdichado!
Arturo. ¡Doña Inés!
Inés. ¿Y no caes á mis plantas?
¿No te confunde la imagen
severa de mi desgracia?
¿No miras en mí el espectro
de tu conciencia?... Declara
tu delito .. Di que fuiste
juguete de una insensata
pasión... Confiesa que hiciste
pedazos un ser y un alma;
¡confiésalo con nobleza
para que pueda la lástima
dar, siquiera, algún abrigo
á tu perfidia y desgracia!
Arturo. ¿Perfidia dice?... ¡Ni el sexo
justifica esas palabras
en labios de una señora!
Doctor. ¡Mientes!...
Arturo. Tampoco esas canas
dan abrigo á tal lenguaje.
¿Lo veis, amigos? ¿Faltaba
un testimonio?... Ellos mismos
lo han ofrecido. Me ultrajan
amparándose en el sexo
y en la edad. La prueba es clara.
Doctor. ¡A mí me sobran alientos

para castigar tu audacia,
miserable!

ARTURO. (Con gran ironía.)
¡Nuevo insulto!

INÉS. (Deteniendo al Doctor en un lado.)
¡Doctor!...

BARBA. (Como tratando de apaciguar los ánimos.)
¡Don Arturo!..

## ESCENA IX

DICHOS y don JUAN ENRÍQUEZ por el foro.

ENRÍQ. ¡Basta!

INÉS. ¡Justicia, don Juan, justicia!

ENRÍQ. La haré al terminar el drama.
Cuestión de familia... quiero
en privado ventilarla.

(Vanse todos por el foro menos Enríquez y Arturo.)

## ESCENA X

ARTURO y don JUAN ENRÍQUEZ.

ENRÍQ. ¡Me equivoqué!... Te creía
ya muy lejos del teatro.

ARTURO. ¿Dudas todavía?

ENRÍQ ¿Yo?
¿Qué he de dudar, insensato?
¡Qué más fortuna quisiera
quien ve su deshonra en claro!

ARTURO. Yo te juro que...

ENRÍQ. ¡No jures!
¡Oh!... ¡No jures!... Sella el labio.

ARTURO. Mira que soy inocente.
ENRÍQ. ¿Tú?
ARTURO ¡Sí!
ENRÍQ. Como el ángel malo.
ARTURO. ¿Luego tú crees...?
ENRÍQ. Lo que está
diciendo tu rostro pálido;
lo que á gritos mi conciencia
proclama... ¡Que me has robado
la dicha!... ¡que te has metido
en mi casa traicionando
mi buena fe!... ¡que no sientes
por el honor entusiasmos!
ARTURO. (¿Y no me aplastas, vergüenza?)
¡Yo te probaré...!
ENRÍQ. Es en vano.
ARTURO. Acepta una prueba.
ENRÍQ. ¿Cuál
LUIS. (Dentro.)
¡Me han robado! ¡Me han robado!
ARTURO. ¡Luis!
ENRÍQ. La prueba es evidente,
pero prueba lo contrario.
ARTURO. (No me acordaba de ti.)
ENRÍQ. Termine ya este espectáculo;
el tiempo es oro y conviene
como nunca aprovecharlo,
pues tengo drama aquí dentro
y drama en el escenario;
y pesa forzosamente
sobre mí un doble trabajo.
No nos engañemos, pues,
mutuamente cuestionando
sin provecho y sin honor...
¡Ese drama lo has robado!
ARTURO. Y ¿qué intentas?
ENRÍQ. Lo verás
si no sales del teatro.

ARTURO. ¡Oh!
ENRÍQ. Elvira va á llegar.
Ya mi aviso le habrán dado.
Huye; evita su presencia:
deja que llore en mis brazos.
ARTURO. ¿Huir cargado de afrenta?...
ENRÍQ. ¡Márchate!... ¡Libre está el paso!
ARTURO. ¡Nunca!
ENRÍQ. Peor para ti.
ARTURO. ¿No te arredrará el escándalo?
ENRÍQ. Nada me arredra.
ARTURO. ¿Y tu hija?
ENRÍQ. Víctima de tu pecado.
ARTURO. ¿Y tu nombre?...
ENRÍQ. Por los suelos.
ARTURO. ¿Y el mío?
ENRÍQ. Lleno de barro.
ARTURO. ¡Te comprendo! Satanás,
sin duda, te está inspirando;
pero aun alienta mi espíritu
y aun hay vigor en mi brazo
para luchar.
ENRÍQ. ¿Contra quién?
ARTURO. ¡Contra ti si es necesario!
ENRÍQ. ¿Serías capaz...?
ARTURO. ¡De todo!...
¡hasta de hacerte pedazos!
ENRÍQ. (Avanza hacia Arturo; éste retrocede.)
¿Lucharás, y retrocedes
cuando hacia ti me adelanto...?
Niño, evita la conciencia
severa de un hombre honrado.
¡Ay de ti como yo fuese
de mis pasiones esclavo!
ARTURO. Padre ó Satán que así labras
nuestra ruina, te demando
compasión... ¡Oh!... No te niego
que ese drama lo he robado...

lo confieso, aunque el carmín
mi cara enrojezca... El llanto
no abrasa mis ojos: va
corriendo por dentro, amargo
como la hiel... Soy ladrón...
mas no entregues al escándalo
ni nombre; piensa en tu hija...
porque esa idea exaltando
está mis nervios... Don Juan,
¿quieres que desesperado
cometa un crimen?... ¡Jamás,
mientras fuerza haya en mi brazo,
mientras aliente mi pecho,
dejaré que al escenario
vaya nadie á publicar
mi vergüenza, mi pecado!

## ESCENA XI

Dichos y ELVIRA por el foro. Usa un traje de época conforme á la que se atribuye al drama de Luis.

Elvira. ¡Arturo! ¡Padre!
Arturo. ¡Oh!
Enríq. ¡Elvira!
Elvira. ¡Dios mío! ¿Qué está pasando?
Enríq. (Dirigiéndose á Arturo.)
Esta noche soy tu juez...
Déjanos solos... ¡Lo mando!

(Vase Arturo por el foro.)

## ESCENA XII

ENRÍQUEZ y ELVIRA.

Elvira. ¿Te ha faltado? ¿Habéis reñido?
Enríq. Estremécete, hija mía:

gloria, virtud, alegría...
todo... ¡todo se ha perdido!

ELVIRA. ¡Temblando te escucho!

ENRÍQ. ¡Elvira!
Esta gloria, este esplendor
que gira á tu alrededor,
es todo... ¡infamia... mentira!
¡Ese drama lo ha robado!

ELVIRA. ¡Jesús!... ¡Todo lo comprendo!

ENRÍQ. Nos ha engañado, vendiendo
á un amigo confïado.

ELVIRA. Mas ¿quién te dió esa certeza?

ENRÍQ. Tu marido.

ELVIRA. ¿Y el autor?

ENRÍQ. Loco se halla de dolor.

ELVIRA. ¡Qué espanto!... ¡Cuánta vileza!
¡Ay de nosotros si el mundo
lo llegase á sospechar!
Claro que esto ha de quedar
en un secreto profundo.

ENRÍQ. No.

ELVIRA. (Alarmada.) ¿Qué intentas?

ENRIQ. Hija mía,
hazte fuerte... Ten valor:
que sea del deshonor
contrapeso tu hidalguía.

ELVIRA. ¡Misericordia!... ¡Qué afrenta!...
¡Habrá vergüenza y desprecio!...

ENRÍQ. ¡Habrá honradez!

ELVIRA. ¡A ese precio,
la honradez no tiene cuenta!
¿Y eres tú el famoso actor?...
¿el hombre de mundo?

ENRÍQ. Mira
que los actores, Elvira,
son también hombres de honor.
No abrigues esa malicia
vulgar que al actor condena;

amamos mucho la escena,
mas no sin honra y justicia.
Ponte, Elvira, en la cuestión:
puesto que el robo sabemos,
si lo encubrimos, seremos
más ladrones que el ladrón.
Una madre solicita,
de justicia y dolor llena,
que salga su hijo á escena.
¿Quién el derecho le quita?

ELVIRA. Conciliar se puede todo.
Busca un recurso decente
para obligar á esa gente
á que transija.

ENRÍQ. No hay modo
de hacer nuestra voluntad.
Se compran gloria y decoro,
mas no se compra con oro
la ley de la Humanidad.
Esa madre sin ventura
no busca por ese medio
la gloria: busca un remedio
para la triste locura
de su hijo.

ELVIRA. ¿Cómo?

ENRÍQ. Sí;
se lo aconseja la ciencia:
llevándole á la presencia
del público, puede allí
brotar un rayo de luz,
con la emoción, en su mente;
puede allí el pobre demente
redimirse de su cruz.

ELVIRA. (¡Estoy perdida!) Perdona
si te apuro con mi ruego.
Mi esperanza... mi sosiego,
todo así se desmorona.
¿Cómo salir de este arroyo

de vergüenza y de dolor,
si no me apoyo en tu amor
que siempre ha sido mi apoyo?
¿Quieres que recuerde, padre,
con tristeza mi orfandad?
¿Quieres que en mi soledad
recuerde á mi pobre madre?

ENRÍQ. ¡Oh hija mía! ¡Cuán mezquino
y egoísta es tu dolor!...
Busca un medio salvador.
Llévame por el camino
de tu dicha, aunque en el lodo
quede mi conciencia honrada.

ELVIRA. ¡Oh!

ENRÍQ. ¿Qué importa eso? Nada.
Honor y conciencia, todo
lo sacrifica tu padre.
Manda tú. Vamos á ver
si está dispuesta á ceder,
como yo cedo, una madre,
al recuerdo de la tuya,
y labra tu regocijo
muerta dejando en su hijo
la dulce esperanza suya.
Ya el escándalo no puede
evitarse... Esa mujer
no se va sin obtener
reparación, y no cede
porque una madre es así;
saldría esta noche á escena
con su hijo y con su pena,
ó hay que arrojarla de aquí
á la fuerza. Me sonrojo
pensando en eso, hija mía...
¡Ir á la calle podría!...
Yo á la calle no la arrojo,
ni aunque no fuera sagrada
su persona para mí

por deuda que tengo aquí
en el corazón guardada.

LUIS. (Dentro.)
¿Dónde se oculta el traidor?
¡Ah! ¡Ladrón de mi esperanza!
¡Tiembla, tiembla si te alcanza
el rayo de mi furor!...

ELVIRA. Esa voz... ¡triste de mí!...
mi esperanza hace pedazos.
(Cayendo desalentada en una silla.)

ENRÍQ. Tu afán alienta en mis brazos
y el eco responde allí.
Mide tu pena y advierte
la de ese desventurado,
y dime en quién se ha cebado
con más encono la suerte.

## ESCENA XIII

DICHOS y OCAÑA por el foro.

OCAÑA. ¡Don Juan!

ENRÍQ. (Muy emocionado.) No pidas clemencia,
que por justicia ó rigor
Dios ha puesto entre tu amor
y ese loco mi conciencia.

OCAÑA. ¡Que corre prisa, don Juan!

ENRÍQ. ¡Hija mía!
(A Ocaña, comprimiendo los sollozos.)
Aguarda un poco.
Ten piedad de un pobre loco,
tenla de mi negro afán.

OCAÑA. ¡Que es la salida inmediata!

ENRÍQ. (Se vuelve desde el foro y besa á su hija en la frente.)
Vamos, Ocaña, corriendo.

OCAÑA. Debe usted salir diciendo:
*tu propio padre te mata.*
(Ocaña y don Juan hacen mutis por el foro.)

## ESCENA XIV

ELVIRA.

ELVIRA. ¡Oh! Le conozco. No habrá
quien le convenza. Imagina
que cumple una ley divina
con su deber, y será
fatal en su cumplimiento.
¡Adiós porvenir de flores!
¡Adiós gloria! ¡Adiós amores!

(Pausa.)

¿Y Arturo?... ¿Qué pensamiento
será el suyo?... ¡En qué crüel
conflicto se va á encontrar!
¿Se dejará arrebatar
su corona de laurel?
¿Ocultará su persona
esta noche?... ¡Desdichado!
¡Me ha perdido!... ¡Me ha entregado
á una sociedad burlona!
«Esa es la esposa, dirán,
de aquel Arturo famoso»;
y con gesto desdeñoso
todos me señalarán.
¡Siento vergüenza y dolor!
¡Ah necia!... ¿Por qué le amé?
¡Por la gloria, y ahora sé
los frutos que da ese amor!

## ESCENA XV

DICHA y ARTURO muy sombrío por el foro.

ARTURO. ¡Elvira!
ELVIRA. ¡Arturo!
ARTURO. Debemos
tener una explicación:

acaso á una transacción
de vida ó muerte lleguemos.

ELVIRA. Siento mortales sonrojos;
el público me da espanto,
y si en mis ojos no hay llanto
es porque abrasan mis ojos.

ARTURO. Comprendo tu indignación.
Te habrán dicho que un malvado
dicha y honra te ha quitado.

ELVIRA. Cierto.

ARTURO. ¡Por honda pasión!...
¡por una dicha ilusoria
que ya nació malograda!
Yo sin gloria no era nada...
¡Tú me amaste por la gloria!

ELVIRA. ¡Grande fué mi desatino!

ARTURO. Zozobras, batallas rudas
del deber, ansias y dudas
en revuelto torbellino
agitaron mi existencia;
pero el amor no arrancaron
de mi alma, y me dejaron
sin voluntad, sin conciencia.

ELVIRA. Amor no... ¡Pasión menguada!

ARTURO. ¡Elvira!

ELVIRA. ¡No siente amor
quien compromete su honor
sacrificando á su amada!

ARTURO. Miserable proceder
que ya comienzo á expïar.
Sé que me has de despreciar
desde el fondo de tu ser.
Lo dicen esos sonrojos
tan vivos y tan ardientes...
¡esa vergüenza que sientes
y quema el llanto en tus ojos!
Sé que he perdido tu aprecio
y que no puedo vivir

con el negro porvenir
de mi afrenta y tu desprecio.
Mas no sufro decepción
alguna, pues ya sabía
que al caer no arrastraría
conmigo tu corazón.
Que tu cariño es luz fatua,
afán de gloria y renombre...
¡que olvidarías al hombre
cuando cayera la estatua!
Me ves llorar, pero lloro
de cólera y de despecho
porque aterrado sospecho
que todavía te adoro.

ELVIRA. No tiene perdón tu falta.
¡Qué necia!... Me envanecí.
Creyendo en tu gloria, en ti,
puse la frente muy alta.
¿Para qué?.. Para tener
que sepultarla en el lodo,
en el ridículo... ¡Todo
menos eso! Una mujer
pide hidalguía siquiera,
y no se arroja su honor
á la calle, ni su amor,
como un harapo cualquiera.
No busques vana disculpa:
no la tiene tu pecado.
En conclusión... ¿Has pensado
en sustraerme á tu culpa?

ARTURO. ¡Basta!... Levanta la frente.
Todavía no abdiqué
de mi infamia, y aun se ve
tu gloria resplandeciente.
¡Tranquilícese mi esposa...!
¡No vine á sacrificarla
con la idea de encontrarla
alguna vez generosa!

Resistiré hasta la muerte.
Yo seré tu salvador.
Seguiré siendo el autor
del drama.

ELVIRA. ¿Tú?

ARTURO. Me haré fuerte.

ELVIRA. Y ¿cómo?

ARTURO. Saliendo á escena
cuando el público me llame...
¡luchando como un infame
contra una madre y su pena!
¿Lo entiendes? ¡Contra una madre!...
¡sin respetar su dolor!...
¡pisoteando el honor
hasta de tu propio padre!

ELVIRA. Pues ahí quedas. El drama
va á terminar... Yo me voy.
¡Tengo miedo! (Vase por el foro.)

## ESCENA XVI

ARTURO, solo.

ARTURO. (Pausa.) ¡Solo estoy!
¡Esa mujer no me ama!
Mas no importa: lucharé,
no ya por ella, por mí.
¿Queda otro recurso? Aquí
mi energía agotaré.
Para arrojar no hay razón,
á esa fiera que se llama
público, no ya mi fama,
mi vida, mi corazón.
¡Quisiera hacerme pedazos!
¡Con las uñas me desgarro
la carne; pero no agarro

la honda entraña!... ¡Fuertes lazos
la sujetan aquí dentro!
¡Siento sus palpitaciones!
¿Por qué diste á mis pasiones,
corazón, tan hondo centro?
¿Por qué cobarde palpitas?
¿Quién es aquí el criminal?
¿Yo que robo por mi mal
ó tú que á robar me incitas?
(Suena dentro un clarín de guerra y al punto gritería y ruido de armas que chocan.)
¡Sonó el clarín!... ¡El asalto!

## ESCENA XVII

DICHO y LUIS por la izquierda.

LUIS. ¡Ja... ja... ja...!
ARTURO. ¡Luis! .. ¡Mi fantasma!
¡Así te trague el infierno!
LUIS. «Tu propio padre te mata»
ARTURO. ¡Siempre con la idea fija
en ese maldito drama!...
LUIS. ¿Dónde se oculta el malvado?
(Fijándose en Arturo.)
¿Eres tú el traidor?... ¡Venganza!
ARTURO. ¡Este loco me estremece!
¿Qué piensa hacer?
LUIS. Pronto acaba.
mi deshonor con tu vida.
¿Qué has hecho de mi esperanza?
ARTURO. Sus ojos están ardiendo...
rayos vierten, no miradas.
¡Fíjate!... ¡Yo soy Arturo!
Pero ¿qué digo?... ¡Me mata!
Tú estás loco de dolor,

pero yo lo estoy de rabia.
¿Quieres luchar? No me arredro.

LUIS. (Arrojándose sobre Arturo y agarrándole del cuello.)
¡Muere!... ¡Venganza! ¡Venganza!

(Arturo trata de desasirse de aquellas manos que le oprimen y ahogan, y lucha desesperadamente. Tras breve espacio, impulsado Arturo por la violencia del ataque, se ve arrastrado hacia la izquierda. Ya en el dintel, Luis le suelta y Arturo cae desplomado en el cuarto izquierdo, ocultando su cuerpo á las miradas del espectador. Dentro sigue la lucha.)

LUIS. (Con gran satisfacción, repitiendo muchas veces la frase.)
¡Yo le maté!... ¡Ja... ja... ja!...

## ESCENA XVIII

DICHOS, y el DOCTOR y doña INÉS por el foro. En pos dos MOZOS vestidos de blusa, y el GALÁN JOVEN seguido de varios COMPARSAS, vestidos de piratas, con los sables desenvainados y teas encendidas.

DOCTOR. Allí está vuelto de espaldas.
Sujetadle...

(Los mozos se precipitan sobre Luis y le sujetan fuertemente cogiéndole de entrambos brazos. Luis ruge de coraje pugnando por desasirse con terribles sacudidas.)

Así: bien fuerte.

LUIS. «¡Traidores!... ¡Venga una espada!»

DOCTOR. ¡Doña Inés... llegó el momento!

INÉS. ¡Temblando estoy!

DOCTOR. (A Luis.) Los piratas
van á incendiar tu castillo.
¡Mira, Luis, mira las hachas
que ya en sus manos flamean!

LUIS. «¡Nuño!... ¡Ferrán!... ¡A las armas!»

(Vanse los piratas.)

DOCTOR. ¡Ah! ¡Por fin ya me ha entendido!

INÉS. (Plegando las manos y elevando los ojos al cielo como en acción de súplica.)

¡Oh Dios, salvadle!...

LUIS. «¡Moncada!

¡Da en la torre la señal!»

DOCTOR. Suene, suene la campana.

Haz que vuele tu castillo.

LUIS. «¡Roger! La pólvora inflama,

que recoja su botín

de sangre y muerte el pirata.»

DOCTOR. ¡Pronto... pronto! ¡La catástrofe!

(Dentro se oye la campana, que se supone pertenecer al castillo donde tiene lugar la acción del drama de Luis. Al punto suena el estrépito como de un gran lienzo de muralla que se desploma.)

INÉS ¡Jesús!

DOCTOR. Acabóse el drama.

Doña Inés... serenidad.

(Dentro, grandes voces y palmadas como de un público delirante de entusiasmo.)

Ahora, bravos y palmadas.

Luis: te llaman á la escena.

LUIS. ¡A la escena!

## ESCENA XIX

DICHOS y ENRÍQUEZ, agitado, por el foro.

ENRÍQ. ¡Paso!... ¡Paso!...

INÉS. ¡Noble don Juan!...

ENRÍQ. ¡Pronto, Luis!...

DOCTOR. (A los mozos.)

Suéltenle.

ENRÍQ. (Cogiéndole de la mano.)
Toma mi mano.
Ven conmigo...

## ESCENA XX

DICHOS, y ELVIRA en el foro.

ELVIRA. ¡Padre!
ENRÍQ. ¡Aparta...
que el público está llamando!
ELVIRA. ¡Por tu hija!
INÉS. ¡Por mi Luis!
ELVIRA. ¡Por mi dolor!
INÉS. ¡Por mi llanto!
ELVIRA. ¡Manchas tu honra!...
ENRÍQ. La llevo
al Jordán: al escenario.

(Sale Enríquez por el foro llevando de la mano á Luis. Detrás doña Inés y el Doctor. Telón rápido, para levantarse inmediatamente que se haya hecho la mutación. Esta debe hacerse con tal presteza que debe permitir que el telón pueda volver á subir apenas toque las tablas del escenario. Así lo exige rigurosamente el éxito del drama.)

FIN DEL ACTO TERCERO

# CUADRO FINAL

El interior de un castillo desmoronado por una explosión é invadido por las llamas del incendio. Los piratas sobre los escombros con las hachas encendidas y á sus pies varios guerreros castellanos muertos ó heridos, formando un cuadro plástico.

## ESCENA ÚNICA

Al levantarse el telón, aparece por el foro ENRÍQUEZ.

ENRÍQ. (Acercándose al proscenio con mucha gravedad, se dirige al público y dice:)

Respetable público: Por decoro artístico y porque me lo manda la conciencia, me veo precisado á hacer á ustedes una penosa revelación.

Por una usurpación que siento en el alma, ha recibido los aplausos de ustedes persona que no los ha merecido.

El verdadero autor de la obra que hemos tenido el honor de representar se llama don Luis Alvarado. Un pobre joven que ha perdido la razón. Voy á presentarlo á escena.

(Saca á Luis, quien se hallará en los bastidores de la izquierda. Doña Inés y el Doctor permanecen en

dichos bastidores preparados para salir cuando lo marque el diálogo.
Hecho esto, se separa para dejar á Luis en medio de la escena. Sale un criado de uniforme, llevando en unas bandejas una gran corona. Luis, que pasa por una suprema crisis, mira la bandeja como atontado. Se pasa repetidas veces la mano por la frente. El actor debe sentir por suprema intuición los sentimientos que deben agitarle.
Luego dice súbitamente, apoderándose de la corona:)

LUIS. ¡Mi corona! ¡Oh! ¡Mi corona!

INÉS. (Exclama con un grito salido del alma, saliendo á escena seguida del Doctor:)
¡Hijo!

LUIS. (Volviéndose rápidamente, reconociendo á su madre y precipitándose en sus brazos.)
¡Madre!

DOCTOR. ¡Se ha salvado!

FIN DEL DRAMA




3 0112 115865401



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

| | |
|---|---|
| TERESA. . . . . . . . . . | Drama en tres actos. |
| EL CLOWN. . . . . . . . . | Íd. íd. |
| EL MOLINO DEL CARMEN. . . | Íd. íd. |
| EL ARTE DE ENAMORAR. . . | Zarzuela en un acto. |
| LA CASA DE DON LEÓN. . . | Íd. íd. |
| EL MUNDO QUE NACE. . . . | Comedia en tres actos. |
| LA PILARICA. . . . . . . . | Drama en tres actos. |
| ARITMÉTICA. . . . . . . . | Estudio social en tres actos. |
| EL HIJO DEL AIRE. . . . . | Melodrama en cinco actos. |
| ILUSIÓN Y REALIDAD. . . . | Drama en tres actos. |